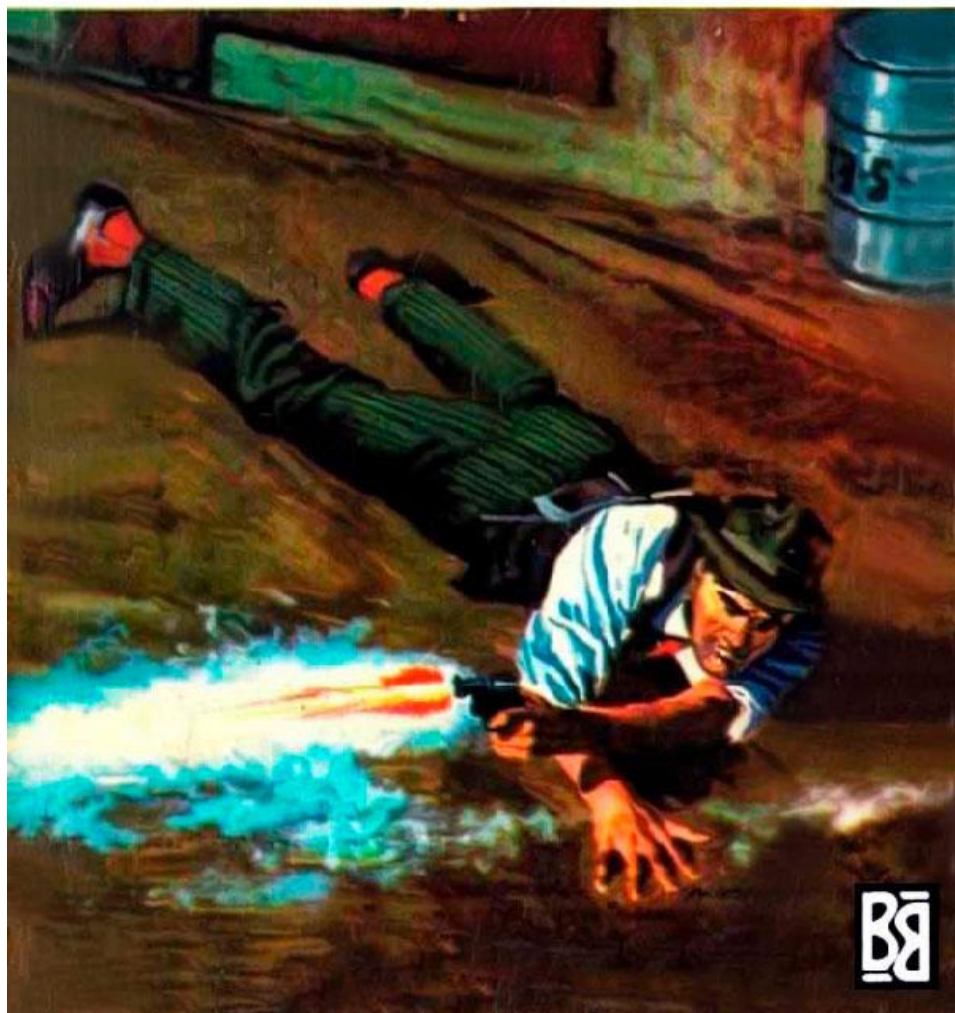


PUNTO
ROJO

guerra secreta

burton hare

UNA AVENTURA DE **LOS JUSTICIEROS**



BB

GUERRA SECRETA

FRANK CARELLA

ANNIE
GORDON



BURTON HARE

GUERRA SECRETA

Colección PUNTO ROJO n.º 235

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BOGOTA

BUENOS AIRES

CARACAS

MEXICO

RIO DE JANEIRO



Dépósito legal: B 25.508 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: octubre 1966

© BURTON HARE - 1966
sobre el texto literario

© RAFAEL SEGRELLES - 1966
sobre la cubierta

© COSTA Y ORTEGA - 1966
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

- 223 — Brillo mortal.
- 228 — Operación Tormenta.
- 231 — Operación Van Allen.

En Colección SERVICIO SECRETO:

- 827 — Llorarás a tus muertos.
- 831 — Muerte en la azotea.
- 835 — El extraño crimen del fuego.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

- 120 — Contra el tráfico de muerte.
- 124 — Crimen por correspondencia.
- 129 — Hasta que la muerte llegue.
- 131 — Destino: La «morgue».

CAPÍTULO PRIMERO

NOCHE DE INVIERNO

Las calles estaban desiertas, silenciosas y frías. Una llovizna fina y espesa parecida a la bruma caía ininterrumpidamente desde hacía horas, convirtiendo el centro de Newark en un desolado páramo.

No obstante, alguien parecía estar dispuesto a desafiar la lluvia y el frío. Johnny Rugolo abandonó el taxi ante la estación, subióse el cuello del abrigo y se caló un poco el sombrero. Inmediatamente, el agua comenzó a deslizarse por el ala hasta caer en brillantes gotas ante sus ojos. Johnny miró arriba y abajo de la calle. No había nadie. Era toda suya, con su soledad, el chapoteo del agua y el frío creciente a medida que avanzaba la noche.

Rugolo soltó un gruñido y subió los peldaños de la estación a saltos, huyendo de la lluvia. La iluminada sala de espera, tan desierta cómo la calle, se le antojó todavía más fría e inhóspita. La atravesó, acercóse a la taquilla y adquirió un billete para Nueva York.

El andén estaba igualmente a su disposición. Nadie podía disputarle el puesto. Johnny anduvo a lo largo del mismo hasta encontrar un lugar en sombras, donde las luces difuminadas por la lluvia apenas si llegaban a disipar la negrura. Se detuvo allí y aguardó.

Nueve minutos más tarde, el «exprés» procedente de Chicago entró resoplando y haciendo temblar el pavimento. Se detuvo. Algunas personas se apearon. Ninguna subió.

Medio minuto más tarde, el convoy se estremeció como si se despezase, disponiéndose a reanudar la marcha. Comenzó a

moverse. Una sombra se destacó de la negrura del andén. Una sombra ágil y fuerte que dio un tremendo salto encaramándose directamente a la plataforma del último vagón y desapareció.

El tren aumentó la velocidad después del inicial estremecimiento. Johnny dejó que el aire arrebatara las gotas de lluvia que se desprendían del ala del sombrero y suspiró. Ya estaba en marcha. No le gustaba lo que le aguardaba al final del trayecto. Nunca le gustaban aquella clase de misiones, pero jamás discutía las órdenes de Carella. Entre otras razones, porque Frank Carella era el jefe del grupo y había demostrado a lo largo del tiempo que sus órdenes siempre obedecían a razones ineludibles.

Se quitó el abrigo y el sombrero y penetró en el interior del vagón. Lo recorrió en toda su longitud, escrutando los rostros de los ocupantes de cada departamento, sin prisas, hasta que llegó al vagón siguiente.

Se detuvo en la cerrada plataforma. Encendió un cigarrillo. Comenzaba a notar la tensión de sus nervios, crecientes a medida que el tren rodaba hacia la *Gran Central Station*. Pensó que igual podía llegar como quedarse en el camino. Eso último resultaría algo sumamente desagradable.

Arrojó el cigarrillo a medio fumar y siguió hacia el otro vagón. Su escrutinio le llevó dos vagones más adelante. Repentinamente, su búsqueda terminó. Rugolo respiró hondo y siguió hasta la desierta plataforma.

El hombre tenía el mismo rostro que contemplara en fotografía. No cabía el menor error. Ojos pequeños y muy juntos, cabello corto, cortado a cepillo, nariz achatada y boca delgada y cruel. Pálido, orejas grandes y aplastadas contra el cráneo...

Permanecía erguido en su asiento, totalmente ajeno a los otros pasajeros que compartían el departamento con él, Rugolo solo le echó un ligero vistazo, pero fue suficiente para estar seguro de que había dado con sis hombre.

Con un asesino implacable cuyas manos, simbólicamente, chorreaban todavía con la sangre de una mujer degollada menos de cuarenta y ocho horas antes. Igualmente como habían estado manchadas con la sangre de otros inocentes, o pobres estúpidos que se dejaron cazar por aquella banda de chacales...

Johnny apretó las mandíbulas y se estremeció. Su mano,

instintivamente, trató de acariciar la culata de su «Webley-Scott» calibre «45» que colgaba de su sobaco izquierdo. Detuvo el ademán no sin esfuerzo.

Sumido en sus cavilaciones, Johnny se asombró de lo rápidamente que había transcurrido el tiempo. El tren estaba ya en Jersey City. Las luces opacas entre la lluvia desfilaban ante las ventanillas cada vez más lentamente. Se enderezó. Su hombre podía apearse igualmente en Jersey City para entrar en Nueva York por otro medio de transporte...

Y eso fue exactamente lo que hizo. O lo que intentó hacer.

Rugolo lo vio aparecer cargado con una maleta de mediano tamaño. Lo dejó que descendiera del vagón y entonces le siguió bajo la lluvia, encasquetándose otra, vez el sombrero.

Sólo cinco o seis personas más se habían apeado del tren. Casi en grupo salieron de la estación todos ellos. Disimuladamente, Rugolo extrajo la automática de la funda y la hundió en el bolsillo del abrigo, donde la mantuvo empuñada firmemente.

Su hombre se apartó del resto de pasajeros y anduvo bajo la llovizna alejándose de la estación. Johnny fue tras él, con los pies chapoteados en el agua, calentando la culata de la pistola dentro del bolsillo y preguntándose dónde se le presentaría la oportunidad de abordar al asesino sin testigos.

El mismo individuo le facilitó las cosas en su afán de andar por los lugares más discretos. Lo vio detenerse en una esquina. Tuvo el tiempo justo de aplastarse contra un portal antes que el hombre volviera la cabeza y diese un vistazo a sus espaldas. Tras esto, dobló la esquina y desapareció.

Rugolo apresuró el paso. Cuando entró en la calle lateral se encontró en una especie de túnel oscuro, con débiles luces que la lluvia amortiguaba. Ante él, los pasos de su perseguido resonaban sordamente.

Johnny Rugolo apretó los dientes. Luego, sus manos manipularon en la pistola y el cañón del arma adquirió una descomunal longitud al serle aplicado el largo silenciador «S. S.». Hecho esto, avanzó más rápidamente todavía, hasta dar alcance al asesino.

—¿Kusach? —espetó Johnny con voz queda.

El hombre se detuvo. Dejó caer la maleta al suelo.

—¿Quién está ahí? —Gruñó, volviéndose.

—Usted es Simeón Kusach —repitió Rugolo machaconamente.

—Seguro. Pero ¿quién es usted?

—No importa eso. Aparte las manos del cuerpo, Kusach. Hay una pistola apuntada a su barriga. Vuélvase de espaldas y acérquese a la pared.

—No comprendo...

Su voz era fría, lenta, sin acento alguno. No obstante, Rugolo sabía que aquel hombre era un extranjero.

—¡Haga lo que le ordeno!

Se movió con lentitud. Quedó de cara a la pared con los brazos apartados del cuerpo. Johnny dio un paso adelante.

—Apoye las manos en la pared y retroceda dos pasos. Quiero registrarle.

—¿Para qué? Si quiere mi dinero lo llevo en el bolsillo de la izquierda y...

—¡Quieto!

Se inmovilizó cuando su mano se desplazaba como si quisiera sacar el dinero de que hablaba. Durante unos segundos, su mano derecha permaneció suspendida a media altura en un gesto casi natural. Tras esto, se movió con la velocidad del relámpago, abajo y arriba, y al subir, un rayo de acero chispeó entre sus dedos una fracción de segundo, mientras todo el cuerpo del hombre se convertía en puro movimiento.

Johnny saltó hacia atrás. Simultáneamente, apretó el disparador de la automática. Sintió algo semejante a una quemadura en un lado del pecho, pero su mano acusó el potente retroceso de la pistola y hubo un sordo plop cuando el gran proyectil blindado abandonó su alojamiento con un apagado zumbido.

Chirriando los dientes por el dolor que sentía en el pecho, Rugolo disparó una vez más cuando ya el criminal parecía rebotar contra la pared bajo el empuje de la primera bala. La segunda sólo hizo que diera una vuelta sobre sí mismo y cayera golpeándose el rostro contra el muro. El largo y afilado puñal que había empuñado cayó sonoramente sobre las baldosas.

Johnny Rugolo se acercó al hombre y le dio la vuelta con el pie. Comprobó que estaba muerto. Dos proyectiles del «45» son suficientes para tumbar a un elefante.

Inclinándose, recogió el estilete, que guardó en el bolsillo. Hecho esto, vació todos los del cadáver hasta asegurarse que no quedaba nada en ellos. Obtuvo un buen botín. Sólo entonces se enderezó y trató de examinar la herida de su pecho, pero estaba demasiado oscuro para ello. Todo lo que pudo ver fue que todas sus ropas, desde el abrigo a la camiseta, estaban cortadas limpiamente igual que si hubiera pasado una hoja de afeitar. La sangre se deslizaba hasta su estómago produciéndole escalofríos.

No creía que fuera una herida muy profunda. Había saltado justo a tiempo para evitar que el criminal le hundiese el cuchillo en el corazón. Pensó que aquel tipo había sido un profesional del arma blanca... cosa que debió haber previsto desde un principio, sabiendo la manera cómo había matado a una mujer.

Con el pañuelo contuvo lo mejor posible la sangre. Tras esto, arrastró el cadáver hasta dejarlo apoyado en una entrada desierta y oscura y analizó el problema que tenía entre manos. Pensó que aquella escena debía haberse desarrollado en Nueva York, donde Lin Burke estaría esperando para echarle una mano. Pero en Jersey City estaba solo... y aquel cuerpo jamás debía ser encontrado o Carella podría darse por muerto.

Maldijo entre dientes. Luego, empezó a examinar los coches estacionados a lo largo de la acera. Eligió un «Dodge», cuya portezuela violentó tras calzarse unos guantes. Las llaves que llevaba no consiguieron establecer contacto, pero solucionó eso rompiendo los cables bajo el *tablier* y uniéndolos entre sí.

Hecho esto, volvió en busca del cadáver y la maleta, que acomodó en el compartimento posterior, sobre la alfombra. Suspiró, aliviado, cuando puso el auto en marcha y se alejó del oscuro paraje.

Salió de la ciudad bajo la lluvia, más espesa que antes. También el frío había aumentado, pero los estremecimientos que asaltaban a Johnny de vez en cuando no tenían nada que ver con la temperatura. Condujo a velocidad moderada hacia el sur hasta encontrar la costa. A lo lejos, entre la lluvia, destacaban las luces de Staten Island como un resplandor perdido en el mar.

Detuvo el auto en un paraje desolado y oscuro, alejado de todo lugar habitado. El pecho le dolía y gruñó un juramento entre dientes, disgustado por lo que todavía le quedaba por hacer.

Necesitó violentar también la cerradura del portaequipajes. Dentro, encontró la rueda de repuesto, una caja de herramientas y, lo que más necesitaba, cadenas para la nieve; cuatro juegos de cadenas casi nuevas.

—Ésta es mi noche de suerte —refunfuñó, apoderándose de la rueda.

Sostuvo apretada la válvula hasta vaciar de aire el neumático. Después, conteniendo el dolor que el esfuerzo provocaba en su herida, desmontó la rueda hasta dejar solamente la llanta metálica, sólida y pesada.

Descansó unos instantes. Un fuerte y doloroso latido estallaba en su pecho a cada aspiración. Seguidamente, y valiéndose de una de las cadenas, unió la llanta y la caja de herramientas formando un solo bloque de considerable peso.

El resto fue más fácil. Arrastró el cadáver fuera del coche, ató otra cadena a sus pies, y, por último, amarró los extremos de las dos cadenas. Instantes más tarde, el cadáver se sumergía con un chapoteo en las frías aguas del acantilado, arrastrado al fondo por el peso de la llanta y la caja. Johnny deseó que permaneciese en las profundidades el tiempo suficiente para que nadie fuera capaz de identificarlo. Por lo menos, que no pudieran hacerlo hasta que Carella terminase su trabajo.

En caso contrario, Frankie Carella terminaría mucho peor que el asesino que acababa de desaparecer en el reino de Neptuno.

CAPÍTULO II

CAMBIO DE PERSONALIDAD

Peter Brett, otro de los componentes del grupo conocido por algunos como «Los Justicieros», acabó de vendar el pecho de Johnny Rugolo. Recogió los trapos sucios de sangre y todo lo que había utilizado para la cura y se fue con todo ello, dejando a Rugolo frente a Frank Carella.

Éste, un hombre de más de seis pies de estatura, cabellos revueltos y ojos grises, de expresión helada, aplastó el cigarrillo que estaba fumando en un cenicero y gruñó:

—Espero que las cadenas no se suelten y nuestro hombre salga a tomar el aire cualquier día de éstos, Johnny...

—Puse especial cuidado para que eso no sucediera. Pero resultó una tarea endiablada, Frank; maldita la gracia que me hizo.

—A nadie le gusta esa clase de «trabajo», pero nos obligan a actuar de esa manera, no lo olvides. Ellos no tienen piedad tampoco, y se escudan en nuestras débiles leyes para arrollar los obstáculos impunemente. Muy bien, emplearemos sus mismos medios de lucha. Veamos qué conseguiste.

Rugolo señaló los objetos que había quitado de los bolsillos del cadáver. Estaban esparcidos sobre una mesita de centro. Al lado, en el suelo, abierta, estaba la maleta del difunto Simeón Kusach.

—La maleta no contiene nada de interés —anunció—. Sólo ropa de Kusach. Brett ha examinado todas las prendas. No hay nada.

—Eso no me preocupa... Es lo demás lo que resulta interesante...

Revisó las pertenencias del asesino. No prestó atención alguna

en el dinero, ni en los documentos. Sabía que eran falsos, pero iba a resultar punto menos que imposible demostrarlo. Claro que eso no le preocupaba tampoco. No era su tarea demostrar la falsedad de aquella documentación...

—Está metida en el forro de la cartera —refunfuñó Rugolo—. He tenido tiempo de examinarla mientras venía hacia aquí.

Frank Carella separó el forro de la billetera. Se quedó mirando la pequeña tarjeta amarilla que apareció debajo. Era más o menos del tamaño de una simple tarjeta de visita. No llevaba nada impreso, sólo una esquina recortada de un modo muy ingenioso, semejante a tres puntas de una estrella.

—Así que eso es todo... Color amarillo —dijo entre dientes.

—Eso demuestra que nuestros informes eran ciertos. Sólo los hombres del K. G. B., pueden utilizar ese color^[1].

Carella sostuvo la tarjeta entre los dedos, pensativo. Después masculló:

—Esa gente no se fían ni de su propia sombra. Mandan espías, asesinos y saboteadores, y detrás envían a esos tipos del K. G. B., para que espíen a sus propios espías...

—Puedes hacer un divertido trabalenguas con eso, Frankie...

La voz irónica de Peter Brett le obligó a volver la cabeza. La expresión eternamente amarga de su rostro pareció disiparse un tanto al sonreír.

—No hay nada de divertido en esa gente, Peter...

—¿Insistes en llevar adelante el plan inicial, Frank?

Carella trasladó su atención a Rugolo, que era quien había hecho la pregunta.

—Opino que *es* la única manera de neutralizar la amenaza, suponiendo que no estemos equivocados y los esfuerzos de esa pandilla de bastardos estén encaminados a otro objetivo.

—Su único objetivo es Drake Bannon —afirmó Brett—. Saben bien que si es elegido barrerá a toda esa morralla desde su escaño del Senado... No en vano estaba tan preocupado el *Viejo*.

—El secretario de Justicia siempre está preocupado —terció Johnny desde el diván—. Pero reconozco que esta vez tenía sus buenas razones para estarlo. Han muerto demasiadas personas a causa de ese complot.

Johnny se abrochó la camisa limpia que acababa de ponerse.

Después consultó su reloj y no pudo contener un gruñido.

—¿Qué le pasa a Lin? Ya debería estar aquí... Ha tenido tiempo de sobra para averiguar las andanzas de esa pareja.

—Vendrá cuando termine —refunfuñó Carella, distraído—. Sólo nos falta saber dónde se reúnen para que yo entre en acción. No me cabe duda que deben estar muy preocupados actualmente ante la campaña de Drake Bannon... Cada uno de sus discursos apuesto que les escuece como si fuera vitriolo.

—¿Has pensado que cuando empieces con eso, Frank, estarás completamente solo? —preguntó Brett, preocupado—. Ninguno de nosotros podrá echarle una mano en caso de que te veas en apuros.

—Es la única manera de hacerlo —rezongó Carella—. No será la primera vez que corro riesgos.

—Bueno, lo sé, pero no me gusta estar inactivo mientras... Está bien, está bien, ni una palabra más —cortó Brett, al ver la expresión de su jefe—. No importa que hayan asesinado a un agente de contraespionaje nuestro, ni que un federal haya desaparecido sin dejar el menor rastro... Nosotros mataremos el tiempo jugando al póker.

Carella sonrió ante la vehemencia de Peter Brett, Sabía bien qué clase de sentimientos dictaban las palabras de su compañero. Eran los mismos que él albergaba para todos y cada uno de los hombres que a lo largo del tiempo compartían los más increíbles riesgos con él.

—Tómalo con calma, Peter. Puedes entretener te «arreglando» esos documentos con mi fotografía. Ésa es tu especialidad, de manera que a ver cómo quedan si he de salir de esto con la cabeza sobre los hombros.

—¡Ajá!; ni un experto del Departamento de Inmigración será capaz de ver la reforma cuando termine.

Tomó los documentos que habían pertenecido a Simeón Kusach y se fue a otra habitación. Rugolo comentó:

—Me gustaría ocupar tu puesto esta vez, Frank... sólo para darles su merecido a esa pandilla de renegados.

—Recibirán su merecido de una manera o de otra. Por lo demás, espera que Bannon obtenga un escaño en el Senado y verás grandes cosas. He estudiado a fondo la carrera de ese hombre, y te aseguro que el secretario tenía razón; es el tipo que se necesita para acabar

con toda esa corrupción y relajamiento.

—Creo que es casi inválido, ¿no?

—¿Inválido? No, sólo le faltan los dedos de la mano izquierda. Los perdió en Corea, al caer prisionero o algo así. Desde entonces, ha dedicado su vida a la lucha contra el comunismo en nuestro país.

—¿Sabes lo que pienso, Frank?

Carella se encogió de hombros.

Johnny añadió:

—No me extrañaría nada que Bannon hiciera una de esas carreras meteóricas en la política y acabase en la Casa Blanca. Es joven, luchador y me parece un hombre ideal para la presidencia. ¿Qué opinas?

—Podría ser... En muchos aspectos se parece al desaparecido presidente Kennedy. Sea como sea, no nos corresponde a nosotros decidir eso. Hablemos del hombre cuya identidad voy a adoptar. ¿Cómo era su voz?

—Normal, un poco baja quizá. No había el más mínimo acento en su manera de hablar. Pronunciaba perfectamente, aunque de manera lenta, como si reflexionase a cada sílaba.

—Entiendo...

—Frank...

—Dime.

—No puedo dejar de pensar que vas a meterte en Va boca del lobo sin saber a ciencia cierta de qué manera podrás salir de ella. Imagina que esos renegados conocen a Kusach. Pueden haberlo visto anteriormente, o haber recibido una fotografía para su identificación..., ¿qué crees que harán si cualquiera de esas dos hipótesis es acertada?

—Cortarme en pedacitos —murmuró Carella, lúgubre—. Pero si te detienes a pensar en su manera de trabajar te darás cuenta de cuán improbable es que suceda ninguna de las dos cosas. Los hombres de la categoría de Kusach se desenvuelven totalmente solos e independientes. Su misión es precisamente controlar la actuación de los agentes que se mueven en nuestro país, supervisar el trabajo de las pequeñas células esparcidas por toda la geografía americana... y para que su trabajo sea efectivo necesitan ser tan desconocidos para los suyos como para la policía.

—Ya veo.

—No creo que en su vida hayan visto a Kusach. Es más, apuesto que sienten un santo temor por él. Viene a sustituir al supervisor del K. G. B., que controlaba esta zona, de modo que hasta cierto punto es su enemigo también. Cualquier descuido que cometan, el más mínimo desliz, y Kusach actúa... No, Johnny; no lo han visto en su vida.

Rugolo hizo una mueca de duda, pero no replicó. Minutos más tarde, Carella entró en la habitación vecina, preparó algunas prendas de ropa y volvió con ellas a la sala, donde llenó la maleta con ellas.

—Hay que hacer desaparecer todo esto —dijo, señalando los trajes y demás ropa que perteneciera a Kusach—. De momento, con eso tendré suficiente. Me instalaré en un hotelucho cualquiera, desde el cual te indicaré mi teléfono y las horas más apropiadas para llamarme. Pero sólo deberás hacerlo en caso de absoluta necesidad, ¿comprendido?

—¿Y cómo te pondrás en contacto con nosotros?

—Sólo lo haré en caso desesperado, pero para ello utilizaré el transmisor de costumbre. Deberá haber uno de vosotros siempre a la escucha, día y noche.

—Entendido.

—Hay algo más que quiero dejar resuelto antes de irme... Mañana noche, Drake Bannon pronunciará un discurso electoral en el Palladium. Tú y Lin debéis estar presentes, sólo para ver el ambiente y descubrir a cualquier posible bastardo con intenciones criminales.

—Ya sé cómo hay que hacer eso, no te preocupes por nada. ¿Has pensado en la manera de averiguar el lugar donde se reúne esa morralla, Frank?

Éste se encogió de hombros.

—Tengo algunas ideas un tanto vagas —dijo evasivamente—. Ya veré qué hago cuando llegue el momento...

Le interrumpió el regreso de Peter Brett, enarbolando los documentos de manera triunfal.

—Te desafío a que encuentres la más ligera señal de manipulación en estos papeles, Frankie.

Carella los examinó concienzudamente. No pudo descubrir el menor rastro de los manejos de Brett, tanto en la tarjeta de

identidad, como en la licencia de conducir campeaba su fotografía, pero el nombre era el de Simeón Kusach.

—Excelente, Peter —rezongó—. Un trabajo de artífice. Bien, ya sólo falta que Lin Burke haya tenido suerte. Creo que podemos echarnos un rato para descansar. El nos despertará cuando llegue...

—Yo no tengo sueño.

—Ni yo.

Carella miró a sus dos compañeros. Sonrió. Se disponía a replicar cuando una llave giró en la cerradura y Lin Burke, el último del grupo, entró andando pesadamente. Estaba cansado y no trataba de disimularlo. Además, sus ropas chorreaban agua por todas partes.

—Hola —gruñó, dejándose caer en una butaca, con un suspiro de felicidad.

—Parece que no tienes ganas de pasearte de un lado a otro del apartamento esta noche, ¿eh?

La voz de Peter Brett no consiguió alegrar su expresión.

—Nada —dijo entre dientes—. Si esos dos pertenecen a la célula que actúa en Nueva York, deben estar de vacaciones.

—¿No se han puesto en contacto con nadie?

—En absoluto, Frank... Han estado en un cine. He entrado para asegurarme que no era allí donde se efectuaba el contacto. Nada. Después han cenado en un figón de mala muerte, cerca del Bowery. Más tarde han entrado en un salón de billares donde han estado jugando unas partidas. En ninguno de esos sitios se les ha acercado nadie, ni persona alguna ha tropezado con ninguno de los dos. Finalmente, se han encerrado en su apartamento y allí están ahora.

—Está bien, déjalos. A partir de ahora yo me encargaré de todo lo demás.

Lin Burke advirtió entonces el vendaje que cruzaba el pecho de Johnny y quiso saber qué había sucedido, pero antes que Rugolo pudiera contárselo, Carella dijo:

—Johnny, ¿sabe cuáles son mis órdenes? A partir de este momento, no nos conocemos aunque nos crucemos en la calle, ¿entendido?

Asintieron. Brett gruñó, olvidándose de su eterna jovialidad:

—Suerte, Frankie.

Carella dio media vuelta y abandonó la estancia. Unos instantes

después, los tres escucharon el golpe de la puerta al cerrarse. Se miraron entre sí, mudos, interrogantes...

Luego, Johnny Rugolo empezó a contar su aventura para información de Lin Burke. Ninguno de ellos quiso hablar de su jefe...

CAPÍTULO III

LA GUARIDA

Carella pasó todo el día siguiente deambulando por la parte baja de Manhattan. Vestía un traje oscuro mal cortado, pero que no lograba disimular la poderosa complexión de su tórax ni la anchura de sus hombros.

Dejó que llegase la noche. Las primeras sombras cayeron sobre la ciudad y con ellas cesó la llovizna que durante casi todo el día había empapado las calles.

Engulló un emparedado y un par de cafés negros en un tugurio de la calle 9. Después, volvió a salir y anduvo por Broadway hasta las inmediaciones de Union Square. Allí se detuvo en la acera, escuchando las voces de los oradores espontáneos que aullaban en medio de los corrillos de costumbre, a semejanza del Hyde Park de Londres.

Con las manos hundidas en los bolsillos del gabán, Carella avanzó de grupo en grupo, escuchando las encendidas opiniones de tipos estafalarios, aulladores como chacales, que vaticinaban los más apocalípticos males para la humanidad si no eran tenidas en cuenta sus infalibles opiniones.

Un corrillo de negros escuchaba a uno de su misma raza despotricando contra la segregación racial, y a Carella se le antojó el único que sabía lo que en realidad estaba diciendo, a pesar de que las soluciones que proponía para terminar con ella eran tan explosivas como una bomba.

Se apartó de los negros y acabó deteniéndose en un grupo más reducido apelonado alrededor de un hombre de unos cincuenta

años, delgado, casi ascético, de rostro blanco y grandes ojos oscuros que refulgían en su cara de tuberculoso como brasas.

Carella relajó los músculos al escucharlo. Pensó que tal vez había dado con lo que anduviera buscando.

El hombre hablaba con terrible apasionamiento, haciendo blanco de sus ataques a las tropas que luchaban en Vietnam, a los ejércitos estacionados en Europa y, en general, a todas las fuerzas desparramadas por los distintos puntos del Globo. Enarbolaba razonamientos de una aparente lógica que entraban implacablemente en las mentes de los hombres y mujeres que le escuchaban en medio de un silencio religioso.

Poco a poco, su perorata cambió de rumbo. Según él el responsable de todos los males que aquejaban al mundo era nada más ni nada menos que el Gobierno de Estados Unidos. Pedía a gritos que los hombres se negasen a servir en las Fuerzas Armadas, que desertaran, que las madres impidieran que sus hijos fuesen sacrificados en el altar del sacrosanto dólar...

Carella sintió tentaciones de invitar al fulano a largarse del país si tan mal se encontraba en él. Miró a su alrededor y se asombró de la casi adoración que reflejaban los rostros de la mayoría de reunidos.

Fue en aquellos instantes que descubrió al hombre joven, un poco apartado del grupo. Era apenas un muchacho de unos veinticuatro años, alto y delgado, pero fuerte al parecer. Llevaba una gabardina con el cuello levantado y un sombrero echado hacia la nuca y fumaba un cigarrillo sin sacar para nada las manos de los bolsillos.

Pero lo que le interesó a Carella fue su rostro. Era de rasgos firmes y duros, pómulos salientes y ojos de color extrañamente claro, un poco oblicuos. Gracias a esos ojos su cara tenía una expresión gélida y desagradable. Se fijó en que no parecía escuchar al conferenciante, sino que más bien daba la impresión de estar ocupado controlando a la gente que se acercaba o separaba del grupo.

Durante un fugaz segundo, sus miradas se encontraron. Con naturalidad, Carella apartó la suya, no sin captar el leve fruncimiento de cejas del extraño individuo.

Siguió escuchando al enardecido orador. Se le antojó

inconcebible que en pleno corazón de Nueva York, un hombre pudiera lanzar toda aquella basura sobre el Gobierno y los hombres que luchaban y morían en lejanas tierras. Se preguntó qué le pasaría al tipo si en pleno corazón de Moscú, o de Pekín, lanzara las mismas invectivas contra los Gobiernos respectivos. No quiso lanzar su respuesta en voz alta y permaneció inmóvil hasta que, casi veinte minutos más tarde, el hombre dio por terminado su discurso. Entonces, algunos de los oyentes se dedicaron a formularle preguntas y más preguntas, que él contestaba con indudable habilidad dialéctica.

Frank Carella eligió aquel momento para separarse del grupo. Notó la mirada del tipo de la gabardina fija en él cuando se alejó hasta perderse en las sombras del seto.

Allí se detuvo y volvió atrás. Comenzó a caer una fina llovizna que disgregó rápidamente la mayoría de los grupos. El que le interesaba tardó un poco más a desintegrarse, pero al arreciar la lluvia también se disolvió y sus componentes se alejaron discutiendo vivamente entre ellos.

Al fin, sólo quedaron el revolucionario orador y el de la gabardina. En la oscuridad, Carella esbozó una sonrisa. Aguardó todavía, hasta que los dos se alejaron a buen paso, atravesando la plaza y desviándose luego por la Cuarta Avenida hacia el Sur.

Manteniendo una distancia prudencial, Carella echó a andar siguiéndoles los pasos. Así llegaron hasta la confluencia de Stuyvesant, la calle 8 y Lafayette, al final de la Avenida. Allí se detuvieron unos instantes para encender un cigarrillo. Carella se introdujo en un portal y aguardó.

Los vio proseguir un poco más abajo hasta la esquina de Bowery, donde se detuvieron una vez más. Luego entraron en la calle, para torcer inmediatamente por la 7. Apresuró el paso y llegó a tiempo de verlos entrar por una oscura puerta de una tienda.

Esperó un par de minutos. Entonces, por la acera opuesta, recorrió aquel trecho de calle hasta asegurarse de que la tienda a la cual habían entrado pertenecía a un fotógrafo. A juzgar por su aspecto miserable, el negocio de fotografías no debía ser muy boyante precisamente.

Anduvo todo el resto de la manzana, cambió de acera y volvió atrás. Se detuvo al llegar ante el portal del fotógrafo. Entonces pudo

ver el polvoriento escaparate iluminado por la luz del farol callejero. Sólo había en él dos o tres cámaras viejas de tipo barato. Miró a través del cristal, pero la espesa cortina que había al otro lado le impidió distinguir el interior de la tienda. Únicamente pudo comprobar que estaba completamente a oscuras.

Aspiró hondo, se acercó a la puerta y empujó. La hoja de madera giró silenciosamente, descubriéndole una cavidad negra en la que no llegaba la luz callejera. Entró con las manos hundidas en los bolsillos, decidiendo que deberían ser los demás quienes marcaran la pauta de su siguiente actuación.

Detrás suyo, la puerta se cerró de modo fantasmal. Carella se detuvo al oír una voz a sus espaldas que preguntaba:

—¿Tu identificación, compañero?

—¿Piensas verla en esta oscuridad?

—Por supuesto. Muéstrala. ¿No conoces el sistema de otras veces?

—Para mí, ésta es la primera vez.

—¿Qué?

Captó la alarma en aquella voz juvenil. Una alarma rayana en el pánico.

—¡No te muevas! —chilló el guardián.

—Estoy quieto desde que he entrado. ¿Vas a terminar con esta mascarada de una vez?

—Tengo un revólver en la mano. Muestra tu identificación en la palma de la mano... ¡Y rápido!

Carella pensó si el tipo tendría ojos de gato. Pero colocó la tarjeta amarilla en la palma de su mano derecha y extendió ésta. Un delgado rayo de luz brotó de una diminuta linterna eléctrica, cayendo exactamente sobre su mano.

Inmediatamente se apagó. La voz de antes pareció mucho más asustada al murmurar:

—Lo... lo siento, camarada... no sabía que eras tú... Los demás están dentro.

—Excelente. De manera que esperas los encuentre en completa oscuridad. ¿Qué clase de estupideces son éstas? ¡Guíame!

—Pero... no puedo abandonar la guardia... tú lo sabes.

—¡Condenación! Llama a alguien, o muéstrame el camino. No voy a romperme los dientes contra una pared sólo porque te guste

jugar a policías y ladrones.

—Espera... es sólo un minuto...

Carella escuchó un sordo zumbido en alguna parte lejana. Se felicitó por haber adoptado aquella actitud de desprecio y autoridad. Después de todo, se suponía que Simeón Kusach era el supremo fiscal enviado por el alto mando del espionaje en el país.

Oyó abrirse una puerta a un lado, pero no surgió ninguna luz por ella. Sólo una voz preguntando la razón de la llamada.

El invisible guardián balbució:

—Ha llegado..., él ha llegado. Muéstrale el camino.

—¡Oh!

Una lámpara relampagueó un instante en la oscuridad. El dedo luminoso cayó sobre el pecho de Carella, pero no se atrevió a subir hasta su rostro. Luego, la misma débil luz le mostró el camino hasta la puerta interior. Anduvo en silencio detrás de su guía con los dientes apretados, barbotando maldiciones en su interior contra aquella camarilla y sus precauciones.

Repentinamente, detrás de una cortina, distinguió el resplandor de una estancia iluminada. También pudo examinar el mozalbete que le precedía. Se detuvo.

—¿Quiénes están ahí? —preguntó secamente.

El joven se volvió. No cabía duda que estaba impresionado. Miró reverentemente a Carella y musitó:

—Todos... Carter y los demás. El camarada Salev no ha llegado todavía...

Salev. Frank Carella contuvo el estremecimiento. Había oído hablar infinitas veces de aquel hombre.

—Está bien, entremos, pero no anuncies mi llegada. Quiero ver por mis propios ojos qué es lo que se hace en estas reuniones.

—Trabajar... nada más que trabajar por el partido —aseguró su guía.

Carella sintió tentaciones de empujarlo a puntapiés. En lugar de eso, entró en la estancia iluminada y se detuvo después de dar dos pasos, estupefacto ante lo que estaba viendo. El muchacho que le había precedido permaneció en silencio a un lado.

Había quince o veinte personas de todas las edades y apariencias atareados como hormigas en distintos trabajos, sentados ante mesas colectivas.

Había quien se entretenía recortando artículos de revistas militares o técnicas, publicaciones especializadas sobre toda clase de materias, la mayoría dedicadas a materiales para la defensa. Otros hacían el mismo trabajo con los periódicos de la tarde. Al lado de cada hombre o mujer se amontonaban los recortes, las fotografías y los diagramas de las revistas especializadas.

De vez en cuando, una muchacha flacucha, de larga melena lacia y ojos tristes, se deslizaba por entre las mesas y recogía cuidadosamente los montoncitos de recortes, que depositaba en una especie de bandeja metálica. Carella la siguió con la mirada. La vio dejar la bandeja en una mesa, al fondo de la sala. Al otro lado de la mesa, sentado en una silla de respaldo recto, el charlatán de los discursos inflamados asintió con la cabeza y la muchacha se alejó, para ocupar su puesto en otra parte.

Junto al orador estaba sentado otro individuo de aspecto famélico y triste, con larga melena afeminada, que fue quien se dedicó a examinar los recortes, seleccionándolos.

Nadie parecía haberse apercibido de la presencia de Carella. Éste encendió un cigarrillo y, acercándose a una mesa libre, tomó asiento en el borde. Detrás suyo, el que le había servido de guía permanecía erguido y quieto como una estatua.

Entonces, sin que nada sucediera de extraordinario, algunos comenzaron a darse cuenta que unos ojos como dardos rebotaban de cabeza en cabeza. Se agitaron, inquietos. Algunas miradas atemorizadas buscaron el origen de su inquietud y tropezaron con la alta y fuerte presencia de Carella, inquietante tanto por su silencio e inmovilidad como por su presencia.

Aspiró el humo y lo expulsó lentamente por la nariz. Los comentarios habían cesado por completo. No se oía ni un suspiro. Fue ese total silencio lo que alertó a los dos directores del centro, los que se sentaban al fondo.

El orador levantó la cabeza y recorrió la sala con una mirada escrutadora hasta descubrir a Carella. A éste se le antojó que el hombre dejaba de respirar por unos instantes. Vio también cómo daba un discreto codazo a su compinche, indicándole la presencia del desconocido. Uno tras otro, hombres y mujeres, habían quedado inmóviles. Sus manos, como mariposas muertas, permanecían sobre las mesas.

El muchacho, detrás de Carella, carraspeó. Fue como si alguien hubiese disparado un revólver. Todo el mundo se agitó.

Carella colocó los pies en el suelo. Lentamente, consciente de la importancia que le atribuían, avanzó por el pasillo que formaban las mesas, deteniéndose de vez en cuando para dar un vistazo a las revistas que se amontonaban al lado de cada individuo.

Así llegó hasta la mesa presidencial, donde se detuvo mirando fijamente al orador. Decidió correr un pequeño riesgo y dijo casi acusadoramente:

—Tú eres Carter.

El hombre asintió con un gesto, tragó saliva y forzó una sonrisa.

Al cabo de unos segundos susurró:

—¿De dónde procedes, compañero?

—De Chicago.

Habló despacio. Resultó una buena imitación de la manera de hablar del difunto Kusach.

—Perfecto —asintió el otro—. Te esperábamos ayer.

—Surgieron complicaciones a última hora. Ha habido una infiltración en alguna parte.

Esas palabras sembraron el pánico por todo el rostro ascético del hombre.

—No aquí, te lo aseguro. Conozco perfectamente a mis colaboradores. Han sido seleccionados escrupulosamente.

—No lo dudo.

—¿Quieres decir que te siguieron?

—Justamente... Un agente federal.

Los dos hombres se miraron al otro lado de la mesa. Estaban más pálidos que un sudario. Carella comenzó a gozar con la situación.

Tras un silencio, Carter murmuró:

—¿Y ese agente federal...?

—Ya no nos molestará más.

Eran las palabras que aquellos individuos esperaban. Perdieron su rigidez y hasta trataron de sonreír.

—¡Magnífico! —alabó Carter—. Es lo único que merecen esos perros... ¿Has podido observar nuestra tarea?

—Sin duda alguna.

—¿Te parece correcta?

—Deseo ver el resto.

—Naturalmente...

Los dos salieron del otro lado de la mesa. Justo en aquel momento apareció el tipo de la gabardina. Seguía llevando el sombrero encasquetado en la nuca y su mirada cayó sobre Carella con un sobresalto.

Se quedó quieto en el umbral de una puerta que él había abierto. Carter susurró:

—Es «él», Stacy.

—Estaba en Union Square esta noche —masculló Stacy como si eso fuera una acusación.

—Eres buen fisionomista —gruñó Frank—. He escuchado todo el discurso de Carter. Me ha parecido bien en líneas generales.

Carter se esponjó, lleno de satisfacción. Stacy siguió escrutando el rostro de Carella con desconfianza.

Entonces, Carter pareció advertir que junto a él se encontraba el afeminado y lo señaló discretamente.

—Éste es Duggy Norton —dijo, presentándolo—, aunque imagino que ya lo sabes, ¿no es así, camarada?

—Conocía el nombre, no a él. ¿Qué ibas a mostrarme cuando Stacy nos ha interrumpido?

—Oh, sí, claro... por aquí...

Cruzaron la puerta ante la admiración del resto de ocupantes de la gran sala. Carella se encontró en una habitación pequeña equipada como laboratorio fotográfico. Se dio cuenta que los aparatos y cámaras que había allí dentro no tenían nada que ver con los trastos del escaparate. Modernas cámaras para microfilm estaban montadas en sus trípodes, invertidas sobre una mesa de trabajo.

—Aquí son fotografiados todos los recortes —explicó orgullosamente Carter—. Los microfilms salen del país por algún medio tan seguro que jamás han sido interceptados. Salev es quien se encarga de ellos.

—Magnífico.

—Podemos confeccionar también micropuntos en caso de necesidad. De todos modos, hasta el momento no ha sido preciso emplearlos. La verdad es que las autoridades de nuestro país son bastante necias... cosa que usted sabe perfectamente. Parece como

si nos dieran facilidades.

Rió su propio chiste. Carella necesitó de todo su dominio para no estallar.

En aquel instante, Stacy gruñó:

—Supongo que nuestro valioso huésped querrá examinar también nuestros archivos de documentos...

Carella se puso en guardia. Olió la trampa en el tono falsamente sincero de aquella voz. También advirtió el gesto de estupefacción de Carter. En consecuencia, corrió otro riesgo.

—Si realmente hay documentos archivados aquí, Stacy, deberé informar de manera muy desfavorable para vosotros. Las órdenes son estrictas: nada de papeles escritos.

Carter luchó por encontrar una sonrisa en alguna parte.

—Stacy desconfía de todo el mundo... siempre. La verdad es que sólo ha querido probarte, camarada. No existen archivos aquí.

Decidido a encaramarse más alto en la escala de su amenazadora personalidad, Frank masculló:

—Ha sido una pregunta hábil. Se me antoja que Stacy conoce bien su cometido... En realidad, ¿cómo sabe ninguno de vosotros quién soy yo?

—Has mostrado la tarjeta amarilla...

Carter había adquirido un color terroso. Parecía a punto de sufrir un colapso.

—Seguro, la he mostrado. Pero nadie se ha molestado en comprobar mi documentación.

Stacy se echó a reír silenciosamente ante el desconcierto de Carter y Norton. Carella extrajo la cartera y mostró sus documentos, pero había llevado tan hábilmente la comedia que apenas si les dedicaron un leve vistazo, convencidos de que, realmente, estaban ante el hombre que habían aguardado aquellos últimos días.

Hasta Stacy pareció relajar su vigilancia, aceptándolo como el auténtico enviado de Moscú.

Cuando volvieron a la sala general la mayoría de sus ocupantes se habían marchado, después de dejar las mesas completamente limpias.

Carter, tras encender un cigarrillo con ademanes nerviosos, comentó:

—Supongo que tus informes respecto a nuestro grupo serán

favorables, camarada Kusach.

—No veo por qué tendrían que ser de otra manera.

Eso pareció llenar a los tres de felicidad. Stacy adoptó una actitud completamente confiada. Duggy Norton pareció hincharse de satisfacción y Carter expelió el humo complaciéndose en saborear el tabaco.

—Todos nos alegramos de tu venida —dijo con acento adulador—. Esperábamos con ansiedad al nuevo... este... «supervisor» —soltó casi sin voz, añadiendo—: Después de la trágica muerte del anterior no sabíamos cómo reaccionarían los jefes, ya puedes imaginar nuestras preocupaciones.

—Entiendo...

—Afortunadamente, pudimos echar tierra al asunto haciendo pasar la muerte de Raikes como debida a un atraco. Ni remotamente lo han relacionado con el partido. ¿No fue una jugada hábil, camarada?

—Sin la menor duda.

Carella luchaba en su mente para adivinar de qué demonios le estaban hablando. No tenía la menor idea de quién era el muerto, ni las razones que habían tenido para disimular un asesinato. En realidad, se encontraba un tanto confuso por el alud de experiencias que estaba viviendo en una sola noche.

Cuando expresó su intención de marcharse, Duggy Norton inquirió:

—¿Cómo podremos ponernos en contacto contigo, camarada?

—Yo me ocuparé de establecer el contacto cuando sea preciso.

No les gustó esa respuesta. Carter murmuró:

—Pero puede surgir algo urgente, compréndelo. Raikes nunca tuvo esa actitud con nosotros.

Su voz era casi plañidera. Frank le anonadó todavía más al espetarle:

—Y Raikes está muerto. No deseo seguir su camino. Buenas noches a todos.

Salió, dejándolos mudos de estupor. Sólo en los crueles ojos de Stacy brillaba una chispa humorística, como si solamente él viera el lado divertido de la situación.

No obstante, ninguno de los tres volvió a respirar con tranquilidad hasta que la puerta se hubo cerrado tras el supuesto

peligroso emisario del Servicio Secreto Soviético...

CAPÍTULO IV

ANNIE

Rompiendo sus propias costumbres, Frank Carella, tras asegurarse que no era seguido por nadie, entró en una cafetería, donde se encerró en la cabina telefónica para llamar al apartamento que les servía de cuartel general.

Fue Peter Bret quien descolgó el auricular.

—Nos preguntábamos dónde andarías a estas horas, Frank — exclamó Brett.

—Todavía conservo la cabeza sobre los hombros. ¿Dónde están los demás?

—Duermen. Montamos guardia junto al teléfono y el receptor por riguroso turno. Lin ha organizado esto como un servicio militar, pero reservándose el primer turno para acostarse.

Se echó a reír. Carella le atajó:

—Escúchame bien, Peter. En estos últimos días fue encontrado el cadáver de un hombre asesinado. Se hizo todo lo posible para simular que había muerto en un atraco, pero en realidad eso fue una cortina de humo. Lo asesinaron a sangre fría. Bien, es preciso averiguar todo lo posible sobre el individuo en cuestión. Su nombre era Raikes.

—¿No tienes más detalles?

—Todo lo que sé es lo que acabo de contarte. No podía andar pidiendo aclaraciones porque se supone que estoy enterado de todo esto al detalle. Y, realmente, quiero estarlo. Por la mañana, que dos de vosotros se pongan en movimiento.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Eso es todo, Peter.

—Okey. ¿Has establecido contacto?

—Sí.

—Ten cuidado, Frank. ¿Qué tal son esa pandilla?

—Ingenuos por una parte, pero fanáticos por otra. Eso les hace extremadamente peligrosos, ya que son capaces de matar y torturar convencidos de que lo hacen por una causa noble.

—Los muy cerdos... ¿Estás seguro que no puedo intervenir en esto, Frankie?

—Sólo con esa investigación que acabo de encargarte.

Colgó, acercóse al mostrador y pidió un café negro, que bebió a pequeños sorbos, pensativo. Fumó un par de cigarrillos mientras trataba de comprender qué se escondía detrás de la fachada que había visto aquella noche. No era posible que una célula tan importante como la de Carter se limitase a seleccionar recortes de revistas técnicas para remitirlos a Rusia por medio de microfilms...

Por otra parte, le inquietaba la presencia de Stacy. Había podido comprobar discretamente que iba armado. El único de todos ellos que portaba armas bajo el sobaco. ¿Por qué?

Terminó con el café y volvió a la calle. Un aire frío y cortante se había levantado y soplabla de tierra adentro, trayendo chispas de nieve que se fundían al contacto del suelo. Con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, apresuró el paso y media hora más tarde estaba en la inhóspita habitación del hotelucho que había elegido.

Se tendió en la cama boca arriba y siguió analizando la situación. En alguna parte estaba preparándose un complot contra el aspirante a senador Drake Bannon. De eso no cabía duda. Incluso los periódicos de tendencias comunistas, tanto de América como de Inglaterra y Francia, habían enfilado sus baterías de más grueso calibre contra Bannon, en un furioso intento para desacreditarlo.

Carella sonrió en la oscuridad del cuarto al pensar que todos esos alfilerazos, en lugar de perjudicar al aspirante a senador, afianzaban su reputación ante sus electores. La gente estaba harta de ver campar por sus respetos a los espías y saboteadores, de enterarse que los más delicados secretos militares e industriales eran escamoteados y llevados al otro lado del Telón de Acero. Y, por si todo eso no fuera suficiente, las recientes experiencias atómicas chinas habían puesto la sensibilidad del público a flor de

piel.

Seguro que Bannon alcanzaría un escaño. Por lo menos, en sus discursos hablaba como el pueblo quería oír hablar a sus representantes, con lenguaje llano y claro, llamando a cada cosa por su nombre...

Cuando sintió frío, desvistióse y se acostó. No tardó mucho en quedar dormido.

Cuando despertó, a las ocho de la mañana siguiente, vio que la nieve se amontonaba en el alféizar de la ventana. Saltó de la cama y miró a través de los cristales. La selva de cemento, acero y cristal de Manhattan parecía extrañamente silenciosa bajo el manto blanco de la nevada.

Cuando abandonó el hotel experimentó un gozo desconocido al hundir los zapatos en la nieve. Seguían cayendo grandes copos y los coches estacionados en las calles comenzaban a quedar camuflados debajo del blanco sudario. La gente se apresuraba por las aceras, huyendo del frío que reinaba en la ciudad.

Carella anduvo sin prisa alguna. Realmente, pensó, no tenía nada que hacer durante el día. Sólo reconocer el terreno por los alrededores de la tienda del fotógrafo que servía de guarida a la pandilla de Carter.

Escrutó la calle desde un extremo. No pudo distinguir nada sospechoso. Era evidente que durante el día no mantenían vigilancia alguna en el local.

En lugar de seguir adelante, Frank retrocedió, rodeando la manzana de edificios. Vio que la parte trasera de aquél en que estaba establecida la tienda, era un gran cobertizo semejante a los muchos almacenes que ocupan el centro de los irregulares bloques de viviendas destinadas a desaparecer en un futuro próximo. Las puertas del almacén estaban cerradas, de manera que no pudo ver a qué clase de actividad se dedicaba.

Volvió sobre sus pasos, regresando a la parte delantera. Esta vez se dirigió directamente a la tienda y entró. Detrás del mostrador se encontraba el afeminado que le fuera presentado como Duggy Norton.

Carella le vio ponerse rígido cuando le reconoció.

—No esperaba tu visita a estas horas... —balbució.

—Sólo trato de ambientarme. ¿Nunca hay asamblea durante el

día?

—Jamás. Tan sólo si hay alguna tarea urgente vienen Carter y Stacy. Es arriesgado que entre demasiada gente a la vez.

—Naturalmente. ¿Vino Salev anoche?

—No.

—¿Dio algún aviso?

—En absoluto. Nunca avisa... Dada su posición no puede correr más riesgos que los estrictamente necesarios.

—Por supuesto. Pero, si no viene él, ¿qué se hace con los microfilms?

—Están guardados en la caja fuerte secreta, como de costumbre.

—¿Estás seguro que no puede ser violada?

Duggy sonrió con suficiencia.

—Nadie es capaz de abrirla excepto Salev y Carter.

—Tal vez sea cierto, pero ¿cuánta gente conoce la existencia de la caja?

El fotógrafo arrugó el entrecejo.

—Bueno... Salev, Carter... yo...

—¿Y Stacy?

—Por supuesto.

—¿Nadie más?

—En absoluto.

—Me gustaría estar seguro de que es así —rezongó Carella, impuesto de su papel—. No sería nada conveniente para vosotros que la policía diera con ella.

Duggy pareció encogerse sobre sí mismo.

—No me asustes... ¿Tienes alguna razón para suponer que la policía puede aparecer por aquí de un momento a otro?

—Ninguna, era solamente una idea. ¿Hay adoptadas precauciones para esa posibilidad?

—Bueno... nunca darán con la caja...

Carella le miró fijo. No quiso arriesgarse demasiado insistiendo más de la cuenta y cambió de tema.

—Tengo entendido que tú eres el único fotógrafo de esta «unidad».

El otro asintió, muy ufano.

—¿Nadie más maneja las cámaras?

—Solamente en casos excepcionales es Salev quien lo hace,

sobre todo cuando son informaciones directas.

Frank se preguntó qué entendería aquella gentuza por *informaciones directas*. Pero se guardó muy bien de demostrar perplejidad alguna.

—Está bien —masculló—. Veo que mis informes respecto a la efectividad de la *célula* de Carter eran exactos.

—¿Vendrás esta noche?

—Es posible.

Se disponía a abandonar el establecimiento, cuando se abrió la puerta y entró una muchacha. Carella arrugó el entrecejo. De espaldas al mostrador, quedóse mirándola con expresión estupefacta.

Si había algo que no encajase en el marco de la miserable tienda era aquella joven.

Tenía una silueta de exquisitos contornos que ni el abrigo lograba disimular. Un rostro expresivo, de grandes ojos oscuros y cabellos tan negros como la noche, muy bello, estaba enmarcado por el grueso cuello de piel de su ajustado abrigo de lana.

Ella también le miró con un evidente sobresalto, pero luchó por adoptar nuevamente una actitud desenvuelta y avanzó hacia el mostrador, pasando junto a Frank como si éste fuera un poste.

Poco a poco, él se volvió. La vio rígida ante el mostrador. Después, su voz un poco temblorosa murmuró:

—Deseo ver esa cámara que tiene usted en el escaparate... la de la izquierda.

Duggy dejó escapar un suspiro.

—Está bien, señorita Gordon, no es preciso que siga disimulando. «El» es el que esperábamos.

Lo dijo en tono reverente, con la misma satisfacción que si hablase de alguien que podía traerles la felicidad.

Ellaladeó la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Carella. Éste adivinó el temor en las hermosas y profundas pupilas. Avanzó hasta colocarse al lado de la muchacha.

—¿Ha podido traerlo, señorita Gordon? —susurró el fotógrafo.

—Sí, pero...

Se contuvo y volvió a mirar a Frank con evidente inquietud.

—Ya le he dicho que puede hablar delante de él —se impacientó Duggy.

—¿Quién es? —quiso saber Frank.

—Una de nuestras más efectivas colaboradoras, quizá la más efectiva de todas... Se llama Annie Gordon.

—Bien, ¿qué es lo que trae? —insistió.

Ella abrió el bolso. Extrajo un sobre de mediano tamaño que dejó sobre el mostrador.

—He de volver a llevármelo inmediatamente, Duggy, antes que noten su falta en el archivo técnico.

—Sacaré los clichés en un par de minutos...

Duggy desplegó una sorprendente actividad. Tomó el sobre y en dos saltos hubo desaparecido por la puerta que comunicaba con las dependencias interiores, las mismas que Carella visitara la noche anterior.

Al quedar solos, cayó un pesado silencio que le permitió al hombre contemplar con mal disimulada ira a la muchacha que tan rastreramente traicionaba a su país. La vio tan hermosa como el más hermoso de los sueños de un adolescente. Calculó que no pasaría de los veinticinco años. Su piel blanca era suave y tersa, tan blanca como la nieve que seguía cayendo fuera.

—No me hablaron de ti —le espetó Frank abruptamente—. ¿Cuál es tu trabajo?

—¿Se refiere al que realizo normalmente, o el que...?

—El normal.

—Secretaria en la «Industrial Research».

Carella respingó.

—Ésa es una empresa semiestatal, ¿no es cierto?

—Efectivamente; trabaja para la investigación nuclear en su rama industrial solamente.

—¿Es sobre eso que versan los papeles que acabas de traer?

Ella bajó la cabeza sin atreverse a sostener la helada mirada de aquellos ojos de un gris de acero, cortantes como el filo de una navaja.

—Son los planos de una dinamo experimental... Charles ha estado acuciándome tanto que...

—¿No querías traerlos acaso?

Ella se estremeció.

—¡Oh, no se trata de eso! —Esquivó apresuradamente—. No piense que me negaba a obedecer las órdenes de Carter... sólo que

era muy difícil sacarlos... no creí poder conseguirlo...

—Presumo que tus informes son siempre extremadamente valiosos. ¿Me equivoco?

—Eso, ustedes son quienes tienen que decirlo.

Carella alargó la mano, apoyó los dedos bajo el mentón de la muchacha y le obligó a levantar la cabeza. Clavó sus duras pupilas en aquellos ojos y lo que creyó advertir le desconcertó.

Otras veces había visto el miedo en los ojos de una mujer, pero nunca con aquella desesperada intensidad, con semejante expresión de resignado sacrificio. Pensó que la muchacha parecía dispuesta a dejarse descuartizar sin protestar, aunque con el terror atenazándole el corazón.

Duggy volvió en aquel instante y depositó el sobre encima del mostrador con aire triunfal.

—Listo —dijo orgullosamente—. Nadie podrá notar que han sido manipulados, puede estar tranquila.

Ella se apresuró a hacer desaparecer el envoltorio dentro del bolso. Durante un fugaz instante levantó la cara para despedirse de Frank, pero éste la atajó:

—Espere un instante, no se mueva de aquí. Tú, Duggy, acompáñame a donde has hecho el trabajo.

—Encantado.

Satisfecho de poder dar aquella demostración de eficiencia, precedió a Carella hasta la habitación que servía para fotografiar el material que debía ser sacado del país.

—Ésta es la cámara con que he fotografiado los planos. Sólo falta sacar la cinta y...

—¿Cuándo piensas hacerlo?

—Al mediodía, después de cerrar la tienda para no ser interrumpido.

—Magnífico. Sólo quería asegurarme de que no se cometía ningún error.

Giró sobre los talones y regresó a la tienda. La muchacha estaba cerca del escaparate con actitud abatida.

—Vamos, te acompañaré —decidió Frank, abriendo la puerta.

Salieron juntos sin ocuparse de despedirse del afeminado. En la calle, bajo la nieve, ella murmuró:

—No he podido venir con el coche...

—No circula ninguno con esa nevada. Tomaremos el metro.

Anduvieron un buen trecho en silencio. Repentinamente, Frank murmuró:

—Annie... Un nombre muy lindo, muchacha.

Ella casi se detuvo, estupefacta.

—¿Qué ha dicho?

—Que tu nombre es lindo... agradable de pronunciar. Demasiado hermoso tal vez para pertenecer a quien está vendiendo a su patria.

—¿Por qué me habla así? Usted es... es...

—El matarife profesional. De acuerdo, pero me gusta llamar cada cosa por su nombre y tú solo tienes ano... y no es Annie precisamente.

Ella se detuvo, vacilando sobre sus pies.

—¿Ha querido acompañarme para decirme eso?

—No solamente por eso. Quería conocerte mejor.

—¿Y ya lo ha logrado?

—Todavía no. Dime, ¿cuánto te pagan?

—No comprendo... ¿Es que no lo sabe?

—Llegué anoche. Todavía no he podido conocer todos los detalles de la organización de Carter.

—Nunca me han dado ni un céntimo.

Carella sabía de los métodos utilizados por aquella gente. Por eso preguntó con voz seca:

—¿Chantaje?

—En cierto modo.

Eso le desconcertó.

—Explícamelo —exigió—. No esperes que tenga que sacarte cada palabra con un garfio.

—¿Para qué, quiere burlarse de mí acaso?

—Todo el mundo dice que no tengo sentido del humor —rezongó él, con disgusto—. Te escucho.

—Se trata de mi hija.

—¿Y...?

—Dijeron que me la quitarían si no accedía a proporcionarles información sobre la empresa en que trabajo... Si avisaba a la policía la matarían antes que pudieran protegerla... Sé que estaban dispuestos a hacerlo —levantó la cara y por primera vez el furor

barrió al miedo y se aposentó en sus pupilas. Espetó acusadoramente—: Y tal vez usted fuera el encargado de cumplir la amenaza.

—Quizá. ¿Dónde está tu marido?

—Murió. En Vietnam.

—Ya veo.

—¿Satisfecho?

—Todavía no. Sigamos.

Avanzaron otro trozo de calle en silencio. La entrada al ferrocarril subterráneo estaba a la vista cuando él indagó:

—¿Desde cuándo te tienen cogida?

—Hace unos meses...

—¿Qué pasará cuando descubran tus mañas en la compañía?

—No quiero ni pensarlo... ¿Por qué no me dejan en paz de una vez por todas? Si me descubren estaré perdida... y mi hijita...

—¿Cuántos años tiene?

De nuevo, ella le miró totalmente desconcertada, sin acertar a comprender a aquel hombre formidable que la miraba desde su altura con una expresión estremecedora en su rostro amargo.

—Cuatro —susurró—. ¿Por qué quiere saberlo?

En lugar de responder, él gruñó:

—Haré algunos cambios de ahora en adelante. Cuando haya que pasar algún plano, cualquier documento, me lo entregarás a mí personalmente en el lugar que yo te indicaré. ¿Conforme?

—Pero... ¿Y Carter?

—Yo hablaré con él.

Ella titubeó. De nuevo, el terror se había adueñado de sus hermosos ojos.

—¿Hasta cuándo va a durar eso? —suspiró casi sin voz.

—Yo te diré cuándo terminará. ¿Dónde vives?

Ella se estremeció.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Para entrar en contacto contigo cuando lo crea conveniente.

—O para vigilarme... a mí y a la niña...

—Basta ya. Puedo preguntárselo a Carter.

—Está bien, ¿de qué sirve resistirse con ustedes? Son peores que chacales... bestias sin escrúpulos...

—Muy elocuente. ¿Dónde, pequeña?

—Dos, cinco nueve de Momingside Avenue.

—¿Frente al parque?

—Sí...

—Eso es todo. Te veré en tu casa.

—¡Oh, no! —exclamó ella casi sollozando—. No quiero que vengan allí.

—Nadie va a hacerte ningún daño. Te veré en tu casa —repitió implacablemente.

Vio hundirse materialmente los hombros de la mujer. Unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas y sus labios temblaron.

—Es usted peor que todos ellos... —susurró con los dientes apretados—. Por lo menos, no espere ser bien recibido.

Se alejó apresuradamente. Carella aguardó a verla desaparecer en la entrada del metro. Entonces dio media vuelta y volvió sobre sus pasos.

CAPÍTULO V

SEGUNDA ASAMBLEA

Tan pronto entró en la sala comprendió que algo inusitado estaba a punto de ocurrir. Carter, al descubrirle, corrió hacia él con expresión de alborozo.

—¡Va a venir esta noche, camarada!

—¿De veras?

—Le acompañará Salev. Pronunciará unas palabras para animar a los muchachos.

—Espléndido.

Pero se preguntó quién demonios sería el importante conferenciante en perspectiva.

A su alrededor reinaba la actividad de costumbre. No cabía duda que mandaban una gran cantidad de material a Rusia, sólo con examinar las revistas militares y científicas que podían adquirirse en cualquier parte. Ésa era una fuente de información incalculable, y demostraba hasta qué punto eran ingenuos los encargados de salvaguardar la seguridad de la nación. Carella sacudió la cabeza, buscó un cigarrillo y se dejó caer en una silla, apartado de los demás.

Desde allí devolvió el franco saludo que le dirigió Stacy. El joven pistolero fue a ocupar un asiento cerca de la mesa del fondo.

Frank tuvo tiempo de fumar varios cigarrillos. De vez en cuando, las miradas cargadas de temor de alguna muchacha llegaban hasta él, para huir enseguida como pájaros asustados.

Realmente, pensó, tenían motivos para estar asustados desde el momento que le tomaban por uno de los temidos esbirros del K.G.B.

O quizá las mentes simples de aquella pandilla creían que era un agente de la M.V.D. [2].

Pero tanto si le tomaban por una cosa como la otra, sabían que tenía un poder total y absoluto, que una sola palabra suya pronunciada en los lugares precisos podían derribar de su pedestal a los más encumbrados políticos y diplomáticos, espías y representantes «civiles» que visitaban los países de Occidente en misiones tituladas «Comerciales».

Sonrió para sí. Hasta cierto punto, resultaba divertido saberse temido y respetado, mirado como una especie de dios.

En un momento dado se produjo cierta conmoción en la entrada. Todas las cabezas se volvieron para admirar al estado mayor de la taifa de renegados que llenaban los bancos de las mesas.

Carter abría paso a la comitiva, como para desbrozarle el camino a Salev que andaba inmediatamente detrás de él.

Carella sintió tensarse sus músculos a la vista de aquel hombre.

En unos instantes pasó por su mente todo cuanto sabía respecto al temido jefe del espionaje soviético para la costa Este del país.

Salev era un hombre delgado y pequeño, aparentemente débil, pero con una voluntad de hierro. Unos ojos inteligentes y crueles adornaban un rostro rojizo de labios gruesos y sensuales. Frank recordó los informes confidenciales leídos en la oficina del secretario de Justicia. En ellos se detallaban alguna de las hazañas del ruso. Desde tortura a violación, pasando por el asesinato, el sabotaje y la matanza sistemática de «enemigos», aquel hombrecillo de apariencia insignificante podía vanagloriarse de haber llevado a cabo una selección de todos esos delitos.

Detrás de Salev, erguido con su porte militar que no lograba disimular, avanzaba un hombre robusto, casi grueso, de rostro mofletudo y ojos pequeños que escondía detrás de unas gafas oscuras.

Cuando se hubieron instalado detrás del escritorio de Carter, éste habló brevemente con Salev, en voz baja. La mirada del ruso buscó a Carella y se detuvo unos instantes sobre él. Luego, se apartó rápidamente y fue él quien se inclinó hacia el de las gafas oscuras. Frank no pudo saber si éste también le estaba examinando. Pero se estremeció al imaginar que cualquiera de aquellos dos pudiera conocer al verdadero Kusach.

Carter se levantó, carraspeó para aclararse la garganta, y con su voz declamatoria anunció:

—Todos conocemos al camarada Salev. Sabemos de sus grandes éxitos en beneficio del partido... Pero esta noche, otro preclaro representante de nuestras ideas está entre nosotros. El también ha querido comprobar personalmente la eficacia de nuestro trabajo. El camarada Valine.

Carella se enderezó. Aquel hombre le recordaba a alguien conocido. Debería averiguarlo más tarde.

Valine se levantó despacio, paseó la oculta mirada por los asistentes a la asamblea. Luego habló.

Tenía una voz gutural. Apenas si dominaba el inglés y muchas palabras se perdían para el auditorio. No obstante, se le entendía en la mayor parte de afirmaciones, dictadas desde su lejano cuartel general de Moscú.

Con pocas palabras dijo todo cuanto tenía que decir, afirmando que en la mayoría de países del mundo el comunismo estaba ganando las pacíficas batallas de la paz, apoderándose de los Gobiernos sin derramamiento de sangre, pero barriendo de manera implacable a los reaccionarios; también demostró con datos confeccionados para ser retenidos incluso por un niño de la escuela primaria, que en Francia e Italia los afiliados al partido comunista se contaban por millones, en consecuencia esos países no tardarían mucho tampoco en estar en manos de un Gobierno «leal» al partido.

Luego se refirió a la situación de América. Según él, los países suramericanos estaban ya maduros para la revolución. En cuanto a Estados Unidos, todavía faltaba cierto tiempo para el gran experimento, pero, afirmó, los cuadros que deberían hacerse cargo del mando cuando llegase el esperado momento estaban ya a punto de entrar en acción.

Frank se esforzó para que su rostro no pudiera traslucir sus sentimientos. Si cualquiera de aquellos mentecatos hubiera podido adivinar lo que estaba pensando en aquellos instantes, su vida no hubiera valido ni un centavo de plomo.

El discurso terminó entre una salva de aplausos. Tras esto, Salev y Carter entraron en la sala que servía de laboratorio y permanecieron allí unos minutos. Durante su ausencia, Valine se levantó y, sorteando las mesas, se dirigió hacia donde se encontraba

Carella.

Algunos de los enfervorizados asistentes al acto se arremolinaron a su alrededor para tener el «honor» de estrechar su mano. Después se quedaron lo bastante cerca de los dos «grandes» representantes del partido como para oír lo que hablasen.

Fue Valine quien rompió el fuego.

—¿Cuándo llegaste a este país, camarada Kusach?

—Ésa es una pregunta que tú mismo debieras poder responder. Se supone que ocupas un alto puesto aquí, ¿no es cierto?

—Efectivamente... Creo que he sido indiscreto. ¿Algunas instrucciones directas tal vez?

—Ninguna. Cuando tenga que comunicar algún informe te lo haré saber.

El hombre palideció. Carella conocía bien la posición de los agentes secretos encargados de controlar a los rusos fuera del país. Su presencia es siempre temida y respetada.

Minutos después, el corpulento agregado militar de la embajada rusa se alejó del supuesto agente para reunirse con Salev y Carter, con los que departió breves instantes antes de encaminarse a la puerta. Salev saludó a Carella con una inclinación de cabeza y desapareció de la vista. Carella suspiró al pensar en los microfilms que aquel tipo se llevaba, entre ellos los planos de la revolucionaria dínamo.

Esperó un poco, hasta ver reaparecer a Carter frotándose las manos henchido de satisfacción. Entonces se le acercó, cerrándole el paso.

—Esta mañana he estado aquí —dijo.

—Duggy me lo ha dicho. ¿Todo conforme? Has oído al camarada Valine. ¿Qué te ha parecido?

—Habla demasiado.

Carter casi se atragantó. El color huyó de sus mejillas. De nuevo el temor asomó a sus ojos.

Sin darle tiempo a reaccionar, Frank le espetó:

—He conocido también a Annie Gordon... Es una imprudencia hacerla venir aquí para entregar sus valiosos informes. Sería imperdonable que levantase sospechas su conducta y atrajera hasta aquí a los investigadores federales.

Carter parecía haber quedado mudo. Sólo balbuceó:

—Era el sistema más rápido para que los informes pudieran salir inmediatamente...

—Era un sistema temerario. A partir de hoy, ella me entregará el material a mí directamente, en los lugares que yo elija. ¿Comprendido?

Carter asintió en silencio.

—Bien —remachó el jefe de «Los Justicieros»—. Yo mismo traeré los documentos de que se trate para que sean fotografías en microfilm. ¿Alguna objeción?

—Ninguna en absoluto, camarada... lo que tú dispongas. Tienes más experiencia que todos nosotros, naturalmente...

Metido en su papel, Frank giró sobre los talones y abandonó el salón, dejando a Carter debatiéndose en un mar de temores.

Los ojos fríos de Stacy siguieron al supuesto «enviado especial» con expresión meditabunda. Era el único que no parecía experimentar temor alguno...

CAPÍTULO VI

VELADA SUAVE

Llamó a la puerta y aguardó. Era una hora condenadamente mala para una visita, pero supuso que a un agente del K.G.B., le estaba permitido ser indiscreto en plena noche.

Cuando la muchacha apareció en el umbral, Carella dio un paso y penetró en el apartamento antes que ella pudiera pronunciar una palabra.

—Cierra la puerta —dijo en voz baja.

La mujer obedeció. Luego se volvió de cara a él con los ojos desorbitados por el terror.

Frank la recorrió con la mirada de arriba abajo. Llevaba puesta una delicada camisa de noche y sobre ella una negligée que le daba un aspecto casi etéreo.

—¿De qué tienes miedo? —indagó Carella.

—¿Es necesario que responda a eso?

El giró sobre los talones y se internó en el apartamento, siempre metido en su papel.

—No es demasiado tarde —comentó, dejándose caer sentado en un cómodo diván—. Ven, siéntate aquí, pero antes conecta el televisor.

Desconcertada, ella le miró sin saber si estaba burlándose o no.

—Vamos, ¿no me has oído?

Como un autómatas, ella obedeció. El siguió dictando instrucciones.

—Busca el canal de la N.B.C.

Ella retrocedió tras haber hecho lo que le ordenaba. Fue a

sentarse a una butaca, de espaldas al aparato. Su rostro estaba pálido y desencajado.

—Ven aquí. Quiero que veas el programa, Annie.

—¿Qué clase de burla es ésta? ¡Por favor, por favor! ¿No pueden dejarme en paz ni siquiera en mi propia casa?

Contra todos sus propósitos, Carella sintió una profunda ternura hacia aquella atormentada mujer. No obstante, siguió sin demostrar sentimiento alguno.

—Siéntate a mi lado.

Abatida, la muchacha se trasladó.

Al iluminarse la pantalla del aparato surgió una impresionante vista del «Palladium». La inmensa sala aparecía abarrotada de un público enfervorizado. Multitud de pancartas y letreros de propaganda política campeaban por todas partes, con frases ensalzando a Drake Bannon en todos los tonos.

Las cámaras variaron de enfoque y apareció una tribuna con una batería de micrófonos instalada frente a un hombre de cabellos grises, facciones de firme corte y expresión noble, casi ascética.

—¿Sabes quién es ése, linda?

—Drake Bannon —susurró.

—Ni más ni menos. Vamos a escuchar su discurso electoral.

Bannon comenzó a hablar pausadamente, exponiendo su programa. Pero poco a poco, su voz adquirió tonos de vibrante arenga contra los enemigos del país. Tronó contra la corrupción política instigada desde el exterior, prometió dedicar todos los minutos de su vida a sanear la administración si era elegido senador por el Estado.

Luego, se dirigió a las mujeres de todo el país, resaltando su importancia en la nueva sociedad que estaba edificándose a despecho de los enemigos que trataban de minar sus cimientos...

Mientras el largo discurso vibraba en sus oídos con tonos veraces, Carella miró a la mujer sentada a su lado. No se sorprendió al ver las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. Un llanto manso y silencioso, amargo, sin estridencias ni sollozos, y quizá por eso más impresionante.

No obstante, por entre el velo de sus lágrimas, no apartaba la mirada del noble rostro de Drake Bannon.

Frank no despegó los labios mientras duró el discurso. Después,

cuando la emisora cambió de programa, levantóse y desconectó el aparato.

Annie levantó la cara, mirándole.

—¿Qué ha querido demostrar con eso, que es inmune a la propaganda de nuestros políticos? —le espetó.

Carella encendió un cigarrillo, sentándose nuevamente en el diván.

—¿Qué te ha parecido? —replicó.

—¡Maravilloso! ¿Es eso un crimen acaso?

—¿Por qué crees que es maravilloso? —rió entre dientes—. ¿Tal vez por qué promete acabar con todas las gentes como Carter y compañía?

—Y como usted.

—¿Es por eso solamente?

—Usted sabe bien que hay mucho más. Ese hombre representa todas las cosas buenas y honestas que hay en nuestro país. Bannon significa las esperanzas de todas las personas decentes, ampara a las que habían perdido la fe en los políticos... y justifica el que hombres como mi esposo vayan a morir a Vietnam. ¿Es eso lo que esperaba que le dijera?

—Algo semejante. ¿Es todo?

—Podría estar hablándole de Bannon toda la noche y no terminaría. No es un político banal como la mayoría, ni le guía sólo su ambición de poder. Los demás prometen el bienestar al pueblo, pero únicamente están deseando llegar arriba para llenarse los bolsillos, sin importarles un ardite los demás. Bannon, no.

—Tampoco parece tener mucha experiencia política —comentó Carella, divertido por tanta vehemencia.

—No la tiene, es cierto. Ni es tan duro como los otros, ni tan marrullero; lo único que puede ofrecer, derrochándolo a manos llenas, es su honestidad, su honradez. ¿Le parece poco?

El se encogió de hombros.

—De manera que eso es lo que tú piensas, ¿eh?

Annie asintió con un gesto desangelado. Sin dejar de derramar lágrimas, se recostó cansadamente contra el respaldo del diván y cerró los ojos. No obstante, murmuró:

—Pero no importa... El triunfará; todo el Estado está a su lado. Y yo seguiré traicionando a mi Patria proporcionándoles secretos a

ustedes porque no quiero que hombres como usted asesinen a mi hijita... Sólo tengo la esperanza de que algún día, Bannon, o cualquier otro como él, les aplasten a ustedes en todos los terrenos.

—¿Eso es todo?

—¿Qué más quiere, que me arrastre a sus pies?

—Quiero ver a tu hija.

La inesperada petición tuvo la virtud de devolver toda su energía a la muchacha. Se enderezó y sus ojos llenos de lágrimas relampaguearon con salvaje furia.

—¡Nunca! —gritó.

—Vas a despertarla. ¿Temes que le haga daño? No seas estúpida... ¿Dónde está?

—Ella está al margen de nuestro trato... Ya no debió venir usted aquí.

Carella suspiró.

—Estoy tratando de ayudarte, pobre tonta, y no te das cuenta..., En fin, hálame del hombre que murió... Raikes.

Annie respingó. Todo el furor de su mirada se esfumó y de nuevo el miedo brotó de todos sus poros.

—No sé nada... Ellos me dijeron que había peligro... que uno de los hombres de Moscú había sido asesinado. Pero yo ni siquiera lo conocía.

—¿Qué más?

—No hay más. ¿Por qué se empeña en torturarme? Cumpló lo que me ordenan. Eso debería ser suficiente...

—¿No me has oído antes? Trato de estar a tu lado...

—¿Usted?

El asintió con un leve gesto.

—Es una trampa. No comprendo qué intenta hacer, pero me tiende una trampa... —Repentinamente, sus ojos se desorbitaron—. ¡Dios santo! Es eso...

—¿Qué?

—Carter sospechaba que había un delator en el grupo... temía que alguno hubiera delatado a Raikes... y usted cree que ese delator soy yo... ¡Oh, está loco...!

—Así que alguien lo delató...

—Carter me lo dijo...

Carella se rascó la nuca, perplejo. Con voz suave murmuró:

—Tranquilízate, Annie... No vas a sustraer más secretos de la «Industrial Research». Ni uno más, ¿entendido?

—No puedo creerlo... ¿Qué intenta hacer, qué clase de experimento quiere llevar a cabo conmigo?

—¿Tanta desconfianza han sabido inculcarte, pequeña?

—Pero usted... No puedo comprenderle... usted es un «agente directo», y me habla así...

—No importa quien sea. He hablado con Carter esta noche. Lo he advertido que de ahora en adelante, todo lo que tengas que entregar al partido lo harás a través de mí.

—Comprendo... quiere usurpar usted los méritos de Carter...

—Debería dejarte abandonada a tu suerte, maldita sea. Pero hay algo en ti que me empuja a ayudarte. No volverás a robar más secretos de tu empresa, ni más planos... Nada, ¿entiendes? Se acabó.

Ella se quedó sin habla. No sabía si había oído bien o si sus sentidos le jugaban una mala pasada. Temía que en cualquier momento las cosas volverían a ser como antes y que aquellas palabras que creía haber oído no serían más que una ilusión muerta, y de nuevo se encontraría envuelta en la terrible vorágine que aquel hombre terrible representaba.

Pero él la estaba mirando, y la expresión amargada de su rostro no tenía nada de amenazadora. Incluso le pareció encontrar un fondo de ternura en aquellos ojos del color del acero, puesto que ya no la miraban especulativamente, sino con afecto... casi con ternura...

—¿Por qué se burla de mí? —suspiró.

El sonrió.

—¿Puedo ver a tu hija ahora?

Se levantó como un autómatas. Carella la siguió hasta una habitación iluminada de manera intermitente por un gran anuncio que parpadeaba en alguna, parte.

La niña dormía plácidamente en una pequeña cama. Era morena y sus cabellos serían tan hermosos como los de su madre con el tiempo. Pero el hombre no fue eso lo que pensó en aquellos instantes. Cerrando los ojos, revivió en su mente el horror de unos años atrás...

—¡Yo podría tener una mujer como tú... y una niña...!

No se dio cuenta que sus pensamientos se convertían en voz y ésta en palabras. Lo advirtió cuando Annie, murmuró:

—¿Qué está diciendo?

Volvióse, con el rostro muy pálido.

—Nada. Salgamos de aquí.

Volvieron a la pequeña salita. Esta vez, ella fue a sentarse a su lado sin que él hubiera de indicárselo.

—¿Qué le sucede a usted? —murmuró—. No parece el mismo hombre que he conocido esta mañana...

—Quizá sea distinto. ¿No puedes decirme nada más respecto al asesinato de Raikes?

—Nada en absoluto. Ya puede comprender que no confían en mí. Saben que tan sólo les obedezco por el temor...

—Eso se acabó.

Reinó un corto silencio. Carella consultó su reloj y se dispuso a abandonar el apartamento. Ella colocó su mano sobre su brazo, deteniéndole.

—¿Por qué ha querido que escuchase el discurso de Bannon?

—Deseaba descubrir tus reacciones. Tenía que estar seguro de ti. Tus lágrimas me han convencido. Una mujer no puede fingir hasta ese extremo.

—Entonces, usted... usted no es uno de ellos...

—Lo soy momentáneamente.

—Espere.

El detuvo la acción de levantarse y la miró.

—¿Hay algo más que quieras decirme, algo sobre Raikes tal vez?

—No, sobre usted en todo caso.

Desconcertado, Frank no acertó a replicar, así que fue ella quien añadió:

—Empiezo a conocerle... Kusach, o cómo se llame. Está solo... demasiado solo aunque le rodee una muchedumbre. Es mala la soledad.

—Tú debes saberlo.

—Yo no estoy sola. No lo he estado nunca, ni cuando él murió... Tengo a la niña, ¿comprende?

El asintió.

—Debo irme —murmuró.

—Quédese si lo desea. Ya no tengo miedo. Creo que ya no

volveré a tenerlo jamás.

Frank Carella sonrió sin saber qué replicar. Se levantó y ella hizo lo mismo. Quedaron de pie, muy juntos, mirándose al fondo de los ojos.

—Nunca podré olvidarle, aunque me gustaría saber su nombre para que mis pensamientos tuvieran más realidad al recordarle.

—Frank... es suficiente.

—Frank...

Sonrió, empujándose sobre las puntas de sus pies, levantó la cara y sus labios buscaron los del hombre y se apretaron allí largamente. Todavía tenían los suyos el sabor salobre de las lágrimas, pero eso no impidió que Carella sintiera en lo más profundo de su ser toda la inmensa dulzura de aquella inacabable caricia, y lo que en ella había de entrega total, de confianza después de los espantosos momentos de incertidumbre que la mujer había vivido.

Al separarse, ella sostuvo su mirada sin turbación alguna.

—Desde que él se marchó no había vuelto a besar a un hombre —dijo.

—Ahora sé que ya no podré sentirme jamás solo, Annie... Me bastará con recordarte.

—Frank.

—Adiós, Annie.

Salió del apartamento como si le persiguieran, descendió las escaleras y sólo se detuvo un instante en la acera para encender un cigarrillo. Luego, se alejó con paso vivo.

No vio la sombra que se destacó de la negrura de un portal vecino.

Stacy le vio marchar y no se movió hasta perderle de vista. Entonces levantó la mirada hacia arriba, como queriendo penetrar a través de las paredes el secreto que éstas pudieran encerrar...

Cuando echó a andar alejándose de la casa había una sombría expresión en su rostro juvenil, pero prematuramente avejentado por el odio y los excesos. Pensó que tal vez tuviera en la mano la llave para escalar grandes posiciones en el partido... A su manera, Stacy se sintió feliz.

CAPÍTULO VII

PRIMERA BATALLA

Desde un teléfono público llamó al secretario de Justicia, al número privado que sólo utilizaba cuando le resultaba imposible entrevistarse con él discretamente.

La voz culta y a la vez enérgica del hombre pareció infundirle ánimos.

—¿Qué puede usted decirme sobre este asunto, Frank? Debe tener algo importante que comunicar o no me hubiera llamado.

—Temo que no puedo ofrecerle nada concreto, señor. Estoy desconcertado. No he podido observar nada que implique un peligro para Drake Bannon.

—¿Se ha infiltrado usted entre esa gentuza?

—En efecto, ya le dije que lo haría. Aparentemente, conspiran contra el país por pura ideología. Traicionan, extorsionan y matan si es necesario, todo ello en nombre del «partido». Pero nadie parece preocuparse lo más mínimo por Bannon.

—Siga investigando, Frank. Debe haber algo en alguna parte apuntado a nuestro hombre. He hablado con él esta tarde; no estaba muy tranquilo.

—¿Alguna amenaza?

—Nada concreto. Pero ha observado que de vez en cuando le sigue un coche desconocido. Después, desaparece, pero más tarde uno o dos hombres parecen seguirle los pasos.

—Quizá pertenecen a una facción política rival.

—Debemos disipar sus temores, Frank. Necesitamos a Bannon en el senado. Es honrado y luchador. Esas cualidades pueden ser

beneficiosas en nuestra política.

—¿Le ha revelado que ha mandado investigar el asunto?

—Sólo se lo he dado a entender. He creído que eso le infundiría confianza y estaría más tranquilo a la hora de su discurso.

—No cabe duda que estaba perfectamente normal en el Palladium. ¿Tiene algo nuevo que comunicarme?

—Nada en absoluto. Yo esperaba que fuese usted quien me diera novedades.

—Éste es un lío endiablado. Tengo la impresión de que estamos siguiendo un camino que no conduce a ninguna parte.

—No obstante, Frank, sígalo.

—Perfectamente, señor.

Cortó la comunicación y acto seguido marcó el número de su propio cuartel general.

Esta vez fue Lin Burke quien atendió a su llamada.

—Brett todavía no ha regresado —informó con voz soñolienta—. Tal como indicaste, él y Johnny han asistido a la concentración del Palladium.

—¿Quieres decir que Johnny sí ha vuelto?

—Está durmiendo. Se encuentra un poco débil por la pérdida de sangre, pero por lo demás está perfectamente.

—Está bien, déjale descansar. ¿Qué noticias tienes respecto a la muerte de Raikes?

—No hay mucho. Fue encontrado por una pareja que regresaba del cine. Estaba tirado al fondo de una calleja, no lejos de Jeanette Park. Corrieron en busca de un policía y cuando volvieron con un guardia afirmaron que alguien había tocado el cadáver.

—¿Cómo pudieron estar seguros?

—Caray, porque cuando lo vieron, el fiambre tenía una mano doblada casi bajo el cuerpo, y junto a la mano había un revólver, y al regresar con el policía el revólver ya no estaba allí. También el guardia encontró evidentes señales de que había sido desvalijado apresuradamente. Sus bolsillos aparecieron casi vueltos al revés y sin nada en su interior.

—Ya veo... la simulación del robo.

—¿Qué quieres decir?

—No importa. ¿Hay algo más?

—Nada, solamente que todavía no ha sido identificado. Está en

el depósito. No se ha presentado nadie interesándose por él. Ni creo que aparezca nadie.

—No es corriente que lo guarden tanto tiempo —comentó Carella, preocupado—. Debe haber algo más en alguna parte, Lin. Hay que continuar investigando esa faceta del asunto. ¿Con qué clase de arma fue asesinado?

—Pistola —gruñó Burke—. De un calibre muy pequeño; del «22».

—Un juguete...

—Seguro, pero con tres plomos en la cabeza, por pequeños que sean, hay suficiente para despachar a un tipo.

—Es así como lo hicieron, ¿eh?

—Exactamente, Frank.

—Tengo la seguridad que se está cociendo algo de lo que no tenemos ni la más remota idea, muchacho —rezongó Carella—. No comprendo lo que sucede. Aparentemente, ese avispero en el que me he metido está dedicado únicamente a las tareas que pueden esperarse de una célula clandestina, manejada por espías profesionales. Pero ni siquiera parecen conocer el nombre de Bannon...

—Es sorprendente... ¿Te propones continuar?

—No puedo retroceder a estas alturas. Además, si no están interesados en nuestro brillante político, antes de retirarme les daré su merecido de todos modos.

—Está bien, cuídate. Mañana por la tarde tendremos algo más respecto a ese Raikes. Llámanos entonces... Y ya que hablamos de eso, creía que utilizarías el transmisor.

—Es más cómodo por teléfono no tratándose de una urgencia. Hablo desde una cabina pública.

—Ya veo... Buena suerte, Frank.

Colgó pensativo. Abandonó la cabina y prosiguió su marcha sintiendo chirriar la nieve bajo los pies.

Se detuvo a mitad de camino para encender un cigarrillo. En contra de su voluntad, la imagen de Annie se mezclaba en sus cavilaciones, estorbándole, impidiéndole concentrarse en el problema insoluble que tenía planteado. No era nada nuevo para él el sistema utilizado para obligarla a colaborar con aquel grupo de renegados. Conocía al detalle los métodos empleados para reclutar

espías, voluntarios o forzados. Precisamente, esa faceta era una de las que más celosamente enseñaban en la formidable escuela para espías establecida no lejos de Moscú, y cuyo nombre, Gaczyna, apenas si significaba nada para un ciudadano de cada millón en el mundo occidental.

Fumó, abstraído, detenido en la esquina. Un extraño silencio flotaba sobre la ciudad. Carella suspiró, confesándose que estaba dejándose influenciar por ese silencio, por los baldíos esfuerzos realizados hasta aquel momento... y por la ardiente despedida de Annie. Realmente, no estaba inmunizado ni mucho menos contra el apasionamiento de una mujer.

Sacudió la cabeza. Reanudó la marcha. Sus pies, sobre la nieve casi helada, produjeron un sonido chirriante que enervó sus excitados nervios.

De repente aguzó el oído y alejó el aluvión de pensamientos que le asaltaban. No era posible que sus pasos produjeran también eco...

No obstante, ésa era la impresión que sentía. La de un cercano eco detrás suyo...

Alguien estaba siguiéndole, o por lo menos andaba en su misma dirección sin prisas, a su mismo ritmo de marcha.

Se alegró de que sucediera eso. Rompería la tensión y con un poco de suerte quizá podría hacer hablar al perseguidor.

Dobló la primera esquina que encontró al paso. Tuvo tiempo de echar un vistazo a la calle que abandonaba y lo que vio no le gustó en absoluto, por cuanto eran dos las sombras que se distinguían contra la blancura de la nieve.

Medio minuto más tarde estuvo seguro de que iban tras él. Los dos hombres habían doblado también la esquina. Se encontraban en una calle secundaria, a la que daban las fachadas traseras de los edificios. Grandes cubos metálicos de basura se alineaban en ambas aceras, con pequeñas pirámides de nieve sobre las tapas. De los rastrillos del suelo surgían silenciosos chorros de vapor procedentes de las tuberías de calefacción, bajo el pavimento.

Frank no se detuvo. Siguió caminando al mismo paso tranquilo, pero trasladó su gran automática «Magnum 389» al bolsillo del gabán, donde la mantuvo empuñada.

Los pasos, a su espalda, se apresuraron entonces, como si a los dos desconocidos les hubiese entrado súbita prisa. Carella supo lo

que iba a seguir como si lo hubiese visto proyectado en una pantalla, de manera que decidió alterar el orden de los acontecimientos.

Se detuvo y giró sobre sus pies, pegado a la pared y casi invisible en la oscuridad del callejón. En aquel instante comenzó a caer una llovizna tan fina que apenas era perceptible sobre la piel. No tardaría en convertirse en nieve...

Los pasos, a cierta distancia, se habían detenido también. Adivinó que sus perseguidores estaban desconcertados, celebrando un conciliábulo en la soledad helada de la calleja.

Lamentó no tener a mano el silenciador de la automática. Los estampidos de la «Magnum» eran tan ruidosos como los de un rifle de caza mayor. Si se veía obligado a disparar levantaría a todo el barrio.

Entonces, mientras sus ojos se concentraban en penetrar las sombras allí donde debían encontrarse los dos hombres, unos pasos le indicaron que ambos se separaron, iban a avanzar uno por cada acera, pegados a las paredes. Una táctica vieja, pero endiabladamente eficaz.

Estaba desconcertado. No podía comprender por qué querían atacarle de semejante manera. Si le hubieran descubierto, hubiesen podido acabar con él más cómodamente en su guarida, discretamente, para librarse del cadáver más tarde. O quizá pensaban que librarse de él después de muerto era demasiado complicado.

Sacó la pistola del bolsillo. Con el dedo pulgar corrió el aceitado seguro, dejándola lista para hacer fuego.

El individuo que avanzaba por la acera opuesta se adelantaba a su compinche. También eso entraba en la acostumbrada táctica. Aquél era el encargado de sacarlo de su escondrijo, para que su compinche pudiera fusilarlo a placer.

Poco a poco, con pulso firme y tranquilo, levantó el cañón de la «Magnum». Le gustó sentir su peso entre los dedos.

El que avanzaba por el otro lado casi estaba a su altura. Pudo distinguir su forma oscura deslizándose junto a la pared. Si hubiera estado quieto no habría podido verlo. El cañón de la pistola quedó fijo apuntando la negra sombra.

Sus oídos captaban el más leve rumor. La lluvia caía con más

intensidad. No obstante, calculó la distancia del otro enemigo por el ruido de sus precavidos pasos.

Al otro lado de la calle sonó un sonido apagado. Un moscardón metálico rebotó en la pared, alejándose con un aullido.

—Muy bien —barbotó Carella entre dientes—. Si quieres hacerlo así...

La «Magnum» rugió de manera espantosa en el silencio de la calleja. Semejó el estallido de una bomba. Con el estampido se confundió el alarido de muerte que brotó de la garganta de su enemigo.

Instintivamente, Frank se dejó caer de rodillas, aplastándose contra el muro. Sabía que el fogonazo de su arma habría delatado su presencia al otro perseguidor.

Y así fue. Dos o tres proyectiles zumbaron por encima de su cabeza. Tampoco esos disparos fueron seguidos de estampido alguno.

Y de nuevo rugió la «Magnum», esta vez dos veces casi simultáneas. Toda la calleja pareció estremecerse con el horrísono estampido.

El otro asaltante echó a correr. Sus pasos alocados le delataron al alejarse presa de pánico.

Carella saltó en pie y abandonó las precauciones. Corrió tras el fugitivo hasta distinguirlo lo bastante como para disparar otra vez. Lo hizo sin detenerse, con la pistola a media altura. Tras el rugido del arma, el hombre que escapaba dio una voltereta en el aire y cayó contra un grupo de cubos de basura, derribándolos en todas direcciones. Ni siquiera el espesor de la nieve consiguió apagar el estrépito metálico que se elevó, como acompañamiento de los potentes disparos.

Frank llegó al lado del caído cuando empezaban a abrirse algunas ventanas y en alguna parte chillaba el silbato de un guardia. Se inclinó apresuradamente, vació los bolsillos del cadáver, apoderándose de cuanto encontró, y sin perder un segundo retrocedió a todo correr para hacer lo mismo con el otro.

Tuvo el tiempo justo de hacerlo antes que el policía llegara a la entrada del callejón. El silbato berreó furiosamente, luego se extinguió y fue sustituido por una voz histérica.

—¡Quieto ahí, no se mueva!

Carella se levantó. El policía estaba lo bastante lejos para que no pudiera cazarlo corriendo. Tendría que disparar, y en aquella oscuridad iba a serle difícil, desconociendo la clase de partida que estaba jugándose. Así que echó a correr pegado a las paredes.

La voz del guardia repitió:

—¡Deténgase o disparo!

Apenas acababa de decirlo cuando abrió fuego con su revólver de reglamento. El grueso proyectil zumbó por encima de la cabeza de Carella, demasiado cerca para la tranquilidad del fugitivo.

Pensó que quizá se había precipitado al juzgar al guardia. Un nuevo disparo casi le alborotó los cabellos. Hundió instintivamente la cabeza entre los hombros y llegó a la esquina. La dobló, deteniendo la carrera.

En realidad, se detuvo del todo al ver a otro policía que corría hacia la calleja con el revólver en la mano. Se metió en el quicio de un portal y esperó.

El guardia llegó a su altura. Se detuvo.

—¿Qué pasa aquí? —barbotó, excitado.

Carella dijo, señalando el callejón:

—No lo sé; alguien está disparando ahí dentro... creo que es un policía.

—Está bien, aléjese de aquí sin cruzar esa bocacalle...

—Seguro, guardia. No quiero que me agujereen la piel todavía.

Echó a andar obedeciendo la orden del policía. En el bolsillo, el peso de la «Magnum» le ayudó a encontrar el lado irónico del asunto. Empezó a reír silenciosamente cuando se hubo alejado de aquel peligroso paraje y apresuró el paso. Ansiaba examinar su botín de guerra.

CAPÍTULO VIII

DESCONCIERTO

En la soledad de su habitación, Frank contempló todo lo que había sacado de los bolsillos de sus dos atacantes. No era mucho. Ni interesante a primera vista.

Desde luego, no había ningún documento. Sólo algún dinero, tabaco, un encendedor y un estuche de cerillas, dos llaveros con tres llaves cada uno, un cargador de pistola automática calibre «38» y un gastado billetero.

Desmenuzó éste, destrozándolo para asegurarse que no contenía otra cosa que billetes de a dólar. Descorazonado, gruñó una maldición entre dientes antes de arrojarlo sobre la mesa con disgusto.

Dos preguntas quedaban flotando en el aire. ¿Por qué?, y ¿quién?

Frank se devanó los sesos buscando sendas respuestas que no encontró. ¿Los secuaces de Carter y compañía? No era posible... No podían haberle descubierto todavía..., ni era la manera que cabía esperar que utilizasen en caso de haber averiguado su verdadera identidad.

Entonces, ¿quién?

Apagó la luz. Al otro lado de los cristales de la ventana, vio caer gruesos copos de nieve que acababan de sustituir a la lluvia. Se estremeció, acercóse a los cristales y miró hacia abajo, a la desierta calle.

No vio ninguna sombra sospechosa. Todo estaba tranquilo bajo el manto de nieve. Una ciudad dormida, un cercano amanecer... y

una mente dispuesta a dictar su muerte en alguna parte, bien despierta.

Pensó que había escapado por un pelo. Si no hubiera sido por la nieve que delató a sus perseguidores no hubiera podido descubrirlos a tiempo de defenderse. Sin duda alguna, eran profesionales del crimen, pero el problema consistía en averiguar quién los utilizaba...

Se desvistió lentamente, sin dejar de reflexionar. Cuando se metió en la cama continuaba sin haber hallado mía respuesta a ninguna de sus preguntas.

Annie Gordon dejó de teclear en la máquina de escribir y quedóse inmóvil, con la mente muy lejos del caldeado despacho. Sin darse cuenta sonrió levemente al recordar al misterioso individuo a quien conocía por el nombre de Kusach.

¿Por qué lo besó? Ésa era una pregunta que se había repetido infinidad de veces en las últimas horas. Resultaba asombroso que lo hubiera hecho, cuando desde que se separó de su esposo, al marchar éste al frente, no había vuelto a sentir los labios de un hombre en los suyos.

Y había tenido que ser aquél precisamente, un «agente directo», uno de los terribles emisarios cuya misión era matar implacablemente...

Pero no se parecía en nada a la idea que se había formado de tales monstruos. Había amargura en sus ojos, cuando perdían su dureza de acero. Y tristeza quizá en su expresión... una tristeza profunda, amarga.

Y aquellas palabras que se le habían escapado cuando contemplaba a la niña dormida...

Decididamente, no sabía cómo encasillarlo. Ni podía olvidarlo tampoco a pesar de sus esfuerzos.

Intentó trabajar como de costumbre, pero sus dedos, aquella mañana, estaban torpes y lentos, como si las teclas de la máquina de escribir fuesen instrumentos desconocidos.

El le había dicho que ya no debería temer nada más... que nunca volverían exigirle que traicionase a su país, a sus creencias...

Pero primero parecía dispuesto a apoderarse él personalmente de los secretos que ella pudiera conseguir... ¿Por qué?

Había estado probándola, naturalmente. Eso era, sin la menor

duda. Había querido sondearla, descubrir hasta los rincones más recónditos de su alma torturada... por eso la obligó también a escuchar el discurso de aquel gran político...

El timbre del teléfono directo con el exterior rompió sus meditaciones con brusquedad.

—Hable —murmuró mecánicamente—. «Industrial Research», secretaría.

Hubo un corto silencio. Luego una voz seca, autoritaria, dijo:

—Esta noche. En el lugar de costumbre.

—¡No!

—¿Qué le pasa, va a revelarse ahora?

Una tremenda angustia le atenazó la garganta. No podía creerlo...

—¿No me escucha?

La voz se impacientaba.

—Sí, sí, pero...

—Hay instrucciones para usted. Acudirá a la tienda a las nueve de la noche, pero aguardará en la entrada hasta que le indiquen lo que debe hacer, ¿comprendido?

—Sí, pero él dijo...

—¿Quién dijo qué?

Se estremeció. No supo qué hacer ni qué decir. Una espantosa confusión se adueñaba de sus sentidos.

—Iré —susurró.

—Así está bien. Me alegra que su pequeña siga gozando de buena salud. Recuérdelo; esperará fuera, no debe entrar en la sala general.

—Comprendo..., esperaré fuera.

—Perfecto. Ah, casi se me olvida..., hay alguien vigilándola continuamente, señora Gordon, alguien que está siempre lo bastante cerca de usted y de su hija como para arreglar el asunto en caso de desviación.

¿Entiende?

No pudo articular palabra. Su comunicante tampoco aguardó a que lo hiciera. Sonó un chasquido y la comunicación quedó cortada.

No advirtió que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas hasta que le cayeron en las comisuras de la boca. Entonces estalló en sollozos y ocultó la cara entre las manos.

Todo seguía igual... nada había cambiado a pesar de la promesa del hombre, horas antes. Seguían torturándola, la tenían sujeta... y la vida de la niña era todavía el más poderoso incentivo para que siguiera traicionando a su patria.

Repentinamente dejó de sollozar. Pensó en aquel desconocido, en el fuego que había creído percibir en su aliento y en la extraña emoción que había puesto al contemplar a la pequeña dormida. No era posible que la hubiese engañado..., sería monstruoso que pudieran fingir hasta ese extremo. Debía comunicarse con él.

Pero ¿cómo? No sabía dónde encontrarlo, como no fuera en la tienda. Y allí estarían los demás esperándola...

En lo más profundo de su corazón supo que aquel hombre estaba de su parte. Si pudiera encontrarlo... pedirle ayuda... El no debía temer a nada ni a nadie...

Recordó la dureza de sus facciones, la fuerza que se adivinaba en sus poderosos músculos de agilidad casi felina, y, por encima de todo el brillo de sus ojos cuando lo besó... y el ardor de su boca, como si quisiera despertar a unas sensaciones ya olvidadas...

Pero ¿dónde?

Desesperada, buscó en su mente una salida, una manera de dar con él, a cualquier precio...

Así pasaron las horas de aquella mañana. Annie, con una terrible angustia destrozándole el alma, se dio por vencida al salir del trabajo. La convicción de que no podría encontrar al desconocido cuyos labios le habían quemado los sentidos acabó con su incipiente rebeldía...

Aquella noche, a las nueve, acudiría a la cita.

La calle, oscura a pesar del opaco brillo de la nieve, estaba desierta cuando Carella se detuvo en la esquina, hundiéndose en la sombra de un portal. Aguardó con paciencia sin preocuparse del tiempo que pasaba con extraordinaria lentitud.

Vio llegar a la mayoría de renegados que acudían a la tienda para dedicarse a vender a su propio país. Reconoció a Carter cuando avanzó con su andar petulante. También el jefecillo desapareció en el oscuro interior del establecimiento.

Frank Carella seguía preguntándose quién y por qué había tratado de eliminarlo la noche anterior. Si la orden de asesinato había partido de aquella guarida tal vez en las próximas horas

hubiese allí una actividad fuera de lo acostumbrado. Si era así, vería caras nuevas sin duda alguna.

Por eso aguardaba, aunque sin éxito aparente por el momento.

Una nueva pareja avanzó estrechamente enlazados por la cintura. Los vio desaparecer por aquella fatídica puerta. Sin embargo, todo parecía normal. Nadie desconocido parecía concurrir a la asamblea de trabajo del grupo de traidores.

Consultó su reloj de pulsera. Faltaban escasos minutos para las nueve. Subióse el cuello del abrigo. El aire era helado y la temperatura descendía a medida que avanzaba la noche. No podría continuar allí mucho tiempo más sin que los pies le quedasen insensibles.

Entonces la vio y notó un vivo sobresalto en su interior.

Annie dobló la esquina. Su cabello negro brilló un instante al pasar bajo un farol. Luego, se encaminó despacio hacia la tienda.

Era absurdo, pensó Carella. ¿Por qué acudía allí? El le había dicho que ya jamás debería temer nada... Lógicamente, ella debía haber rehuido todo nuevo contacto con los esbirros que la atenazaban...

¿O estaba tan asustada que no se había atrevido a creerle?

Estuvo tentado de llamarla y obligarla a volver atrás. Pero pensó que quizá estaba dejándose ganar por un absurdo sentimentalismo. ¿Y si, a fin de cuentas, ella se había limitado a contarle una sarta de embustes y realmente formaba parte del grupo por convicción? Si esto fuera cierto, no podría ya caberle duda de que sospechaban de él y trataban de tenderle trampas para obligarle a descubrir su juego.

Con un nudo en la garganta, la vio entrar en la tienda del fotógrafo. Se le antojó que la calle y el mundo habían quedado mucho más solitarios.

Conteniendo sus deseos de entrar también en aquel tugurio, esperó todavía diez minutos más. En ese tiempo, sólo una mujer siguió el recorrido hasta el local.

Entonces se decidió. Abandonando su escondrijo, atravesó la calle y empujó la oscura puerta. Esta vez, el ceremonial fue más breve. Le identificaron inmediatamente y pudo seguir adelante.

Cuando desembocó en la sala de trabajo buscó a Annie con la mirada. No la vio por ningún lado. Supuso que estaría en el

laboratorio fotográfico. Quizá había conseguido escamotear nuevos documentos.

Observó las miradas cargadas de temor que seguían su lento andar hacia el fondo. Carter le saludó aduladoramente. El le devolvió el saludo sin entusiasmo alguno.

Entonces advirtió otra anomalía. Stacy no estaba presente. Eso le chocó, por cuanto el pistolero jamás se apartaba mucho de Carter, al que servía de escolta sin duda alguna.

Decidió no forzar las cosas. Buscó una mesa libre y se dejó caer tras ella. Encendió un cigarrillo y se dedicó a fumarlo con creciente inquietud. Nadie aparecía por la puerta del laboratorio, pero como Duggy, el fotógrafo, tampoco estaba a la vista, se afianzó en su idea de que estarían trabajando allí dentro.

Suspiró. No podía demostrar demasiado interés por Annie o entrarían en sospechas.

Esperó...

CAPÍTULO IX

DESESPERO

Nada sucedió. Nadie se atrevió a sostener su mirada, demostrándole que, para aquella gente, él seguía siendo el todopoderoso representante directo del partido, el supremo juez de sus actos.

Más, tampoco nadie surgió de aquella pequeña puerta cerrada.

Finalmente, levantándose, se acercó a Carter, que parecía muy atareado con la selección de los recortes.

—¿No está Duggy para hacer ese trabajo? —inquirió secamente.

—Tiene otro más importante esta noche —repuso Carter—. Pero no importa, yo puedo hacerlo perfectamente.

—No me cabe duda. ¿Quién está trabajando en el laboratorio?

Carter levantó la cabeza.

—Nadie. Luego, cuando Duggy regrese, sacará los microfilms del material que yo haya seleccionado.

De manera, pensó, que en el laboratorio no había nadie. Entonces, ¿dónde estaba Annie?

Fumó en silencio, tratando de descifrar el misterio. Finalmente, masculló:

—Volveré más tarde quizá. Quiero hacer una visita esta noche. A propósito, no veo a Stacy tampoco.

—Acompaña a Duggy... un trabajo delicado.

Inquieto, arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el tacón.

—¿Qué clase de trabajo?

—Un nuevo candidato cuyos informes pueden ser extremadamente valiosos, camarada. Espero que esta noche puedan

traerlo completamente ganado para nuestra causa.

—Comprendo.

Sin una palabra más abandonó la sala. Le hubiera gustado registrar todo el edificio. Annie tenía que estar en alguna parte del mismo, en cualquier habitación oculta. Pero ¿por qué?

Otro por qué sin respuesta, pensó, apretando los dientes.

Había demasiadas cosas sin explicación posible, demasiados callejones sin salida en los que se metía estúpidamente. Rezongó un juramento y anduvo dos manzanas a buen paso solo para comprobar si alguien le seguía.

No pudo ver el menor rastro de ninguna persona. La calle le pertenecía por entero. Otro detalle que no tenía sentido. ¿Por qué, si ellos trataban de matarlo, le dejaban marchar tan fácilmente?

Siguió alejándose de la calle del fotógrafo hasta que encontró un bar abierto y cuyo teléfono estaba en una cabina. Se encerró en ella y comunicó con su base de operaciones.

Johnny Rugolo soltó un gruñido de alivio al escuchar su voz. Después dijo:

—Parece que hemos dado con algo en relación con ese Raikes, Frank.

—Ya empieza a ser hora de que alguien descubra algo que tenga sentido. ¿De qué se trata?

—De un coche, el de Raikes.

—¿Y bien?

—Está comprobado que poseía un sedán azul oscuro marca «Dodge», modelo «Imperial». Sin embargo, nadie ha podido encontrarlo. La policía se preocupó un poco al principio, sobre todo cuando alguien lo reclamó por teléfono, pero no hallaron ni una huella del coche.

—Un momento, Johnny. ¿Quién se preocupó por el auto?

—No se sabe. Por teléfono mencionó que estaba todavía sin acabar de pagar...

—¿Se sabe dónde lo compró?

—Seguro. Y estaba totalmente pagado. Abonó el precio en dos pagos solamente.

—¿Qué hizo la policía después de esto?

—Nada; simplemente, aguardó a que el comunicante llamase otra vez, únicamente que no lo hizo. ¿Qué opinas?

—Deja que piense un poco sobre esto. Sigue con lo que tengas.

—Bueno, Peter y Lin están ocupados ahora en esto. Informarán si descubren cualquier rastro del auto. Nosotros creemos que hay algo sumamente valioso en él... quizá el motivo del asesinato. Sólo que el asesino se precipitó y después de matar a Raikes no pudo encontrar su auto.

—Ésa es una teoría muy razonable. ¿Dónde vivía Raikes?

—Tenía un pequeño apartamento en la calle Clark. La policía lo registró y no encontró nada de interés. Después de la policía, alguien más pasó por allí, dejando el apartamento patas arriba. No me sorprendería que estuvieran buscando lo que debe estar en el coche.

—Otra idea plausible. ¿Qué más?

—Excepto que el «Viejo» ha llamado, nada más. Estaba excitado e impaciente por la falta de resultados. Según él, Drake Bannon está muy inquieto. Tiene pruebas de que van a intentar entorpecer su ascensión al Senado.

—¿Quiénes van a intentarlo?

—Ésa es una pregunta tonta, Frank. De sobras sabes que sólo hay una organización a la que él esté combatiendo con todas sus fuerzas.

Carella soltó un gruñido.

—Bannon se preocupa inútilmente. Todos los intentos de esa gentuza redundan en una mejor propaganda para él, ya que demuestran que, realmente, le temen. De esa forma, la gente sabe que si le temen es indiscutible que Bannon vale y puede mantener a raya a los traidores y enemigos del país. En realidad, le hacen propaganda gratis con todo esto. Debería darse cuenta.

—Cuéntaselo a él. A juzgar por la impaciencia del «Viejo», se diría que este asunto está a punto de estallar en cualquier momento. Y no podemos ofrecerle nada con que calmarlo..., a menos que tú tengas un triunfo escondido en la manga, Frank.

—Ahí está lo malo. No tengo nada en absoluto. Te confieso que me encuentro en un callejón sin salida. No veo nada que amenace a Bannon por ningún lado... En fin, al demonio con eso. Seguiremos buscando. Si aparece ese coche quiero saberlo. Puedes llamarme al hotel a intervalos hasta que me encuentres, ¿entendido?

—Okey.

De vuelta a la calle, Carella encendió un cigarrillo y anduvo cabizbajo. Un creciente sentimiento de inquietud hacía presa en su ánimo al pensar en la extraña conducta de Annie. ¿Por qué había vuelto al nido de renegados, si él le había prometido que no tenía nada que temer de ellos?

Casi sin que su voluntad interviniese para nada en sus pasos, se encontró andando en dirección al tugurio del fotógrafo. Casi se sorprendió al detenerse en la esquina, mirando en la oscuridad la oscura fachada del viejo edificio. Había tres pisos sobre la tienda. No sabía si alguno de ellos pertenecía también a la célula de Carter, aunque era presumible que tuviesen alquilado todo el edificio para evitarse riesgos y posibles indiscreciones de vecinos curiosos.

Pensó sobre esa idea; si acertaba, Annie podía estar en cualquiera de esos pisos precisamente...

O podía haber salido durante el tiempo que él había invertido en llamar a Rugolo. No podía precipitarse en una acción de semejante envergadura sin saber a ciencia cierta a qué atenerse.

Tomando una súbita determinación, dio media vuelta y apresuró el paso rumbo al apartamento de la muchacha. Estaba seguro que en alguna parte estaba preparándose una jugada de inmensa importancia, pero no podía ni siquiera suponer de qué se trataba. No obstante, la presencia de Salev y Valine mezclados en el asunto delataba a mil millas de distancia que no solamente se trataba de recoger recortes de revistas, más o menos especializadas. Podía justificar su intervención la importancia de los informes que Annie aportaba al grupo, pero quedaba sin explicar el interés de un hombre como Valine, agregado militar de su Embajada, en arengar a una pandilla de traidores sin una misión realmente capital entre manos.

¿O se reservaba aquel grupo para otra tarea más comprometida?

Anduvo como si le espolearan hasta las inmediaciones del piso de Annie y se detuvo. Se alegró de que todos sus sentidos estuvieran entonces prestos a la acción. Sus nervios se habían calmado, y de nuevo era dueño absoluto de su asombrosa claridad de juicio.

Escrutó los alrededores. Luego, tranquilizado, avanzó pegado a las paredes. Si ella se había limitado a representar una comedia por encargo de la organización, con el único objetivo de comprobar la falsedad del supuesto enviado de Moscú, debía temer una celada en

cualquier parte.

Se alegró de que la espesura de la nieve dificultase la circulación rodada, ya que no había peligro de un atentado desde un auto en marcha, siempre mortal.

Llegó a la escalera que ya conocía. El oscuro interior se le mostró a través de la puerta abierta. Arrugó el ceño.

«Adelante, le dijo la araña a la mosca», susurró Frank para sí.

Y se hundió en la oscuridad.

La poderosa «Magnum» salió de su alojamiento para quedar empuñada, dentro del bolsillo del abrigo. Empezó a subir las escaleras silenciosamente.

Arriba, sobre su cabeza, una puerta se abrió y luego volvió a cerrarse con cuidado, como si el que salía no quisiera molestar a los vecinos. Carella se detuvo.

Oyó los pasos de dos personas distintas descendiendo sin prisas.

Ahogó una maldición y volvió atrás, agazapándose en el zaguán, en medio de la oscuridad. Desde su escondite podía distinguir débilmente los primeros escalones debido al resplandor de la luz callejera y al brillo de la nieve. Aguardó, impaciente.

Los que bajaban estaban hablando en susurros. Sus pasos eran pesados, calmosos.

De repente, los pies de un hombre aparecieron en su radio de visión, en los peldaños. Se detuvieron allí. Una voz susurró:

—Echa un vistazo a la calle, Renko.

Los pies reanudaron su camino hasta el portal. Los nervios de Carella sufrieron un tirón salvaje que casi lo hizo saltar.

«Renko».

Ese nombre había estallado en su mente como una bomba.

Se enderezó poco a poco. Una fuerza tremenda se centraba en la mano que empuñaba la «Magnum» empujándole a disparar sin más aclaraciones. Pero contuvo sus ansias y así vio aparecer al segundo hombre. Se le cortó el aliento al advertir que llevaba un bulto en los brazos, un pequeño bulto envuelto en una manta.

Las voz de Renko susurró desde el portal:

—Puedes salir, no hay nadie a la vista.

No esperó a su compañero, sino que igual que si quisiera despejarle el camino de cualquier estorbo, salió a la calle y desapareció de la vista.

El hombre cargado con el bulto acabó de descender la escalera. Carella contuvo la respiración para no delatarse y levantó el brazo armado con lentitud. Así evitó que las ropas produjeran cualquier roce delator.

Esperó hasta que el hombre estuvo a su altura. Entonces descargó un salvaje golpe con la pistola sobre el cráneo del enemigo. Sonó un lúgubre chasquido. Eso fue todo. Ni un gemido, ni una queja.

Actuando con una tremenda velocidad de reflejos, Carella pudo cazar el bulto cuando ya el hombre se desplomaba de cara. Lo dejó que cayera y sostuvo el frágil envoltorio entre los brazos. Después, lo depositó a un lado de la escalera con infinito cuidado y se acercó a la entrada.

No tardó más que unos segundos en reaparecer el hombre llamado Renko, impaciente.

—¿Qué demonios esperas? Date prisa...

El brazo izquierdo de Carella se distendió en la oscuridad, cerrándose alrededor del cuello de Renko como el tentáculo de un pulpo. Simultáneamente, el cañón de la «Magnum» se hundió en el costado del ruso furiosamente.

—Una sola voz, un ruido, y te mato —prometió Carella con voz queda.

Renko quedóse paralizado por unos instantes.

—¿Quién...? —susurró luego.

—Tu compinche está muerto. Tú acabarás igual, ahora, si no hablas. ¿A dónde debías de llevar a la niña?

No hubo respuesta. Carella, sin aflojar la presión sobre el cuello del enemigo, apartó la pistola y repentinamente golpeó con el extremo del cañón la espalda de Renko. Hundió materialmente el arma en la carne con todo el empuje de su fuerza.

Notó la terrible rigidez que se apoderaba del cuerpo, cómo se tensaba igual que un arco. Algo semejante a un sollozo ahogado surgió de aquella garganta.

—¿Dónde, Renko?

—No...

Un nuevo mazazo pareció partir en dos la columna vertebral del hombre. Sus piernas se aflojaron.

—¿Dónde?

Tampoco obtuvo respuesta. Notó que las manos de Renko se movían. Lo soltó, pero le descargó un culatazo en la nuca con fuerza suficiente para dejarlo semiinconsciente. Esperó a que cayera de rodillas para registrarlo. Así se apoderó de una automática extranjera y de un cuchillo de resorte.

—Vamos, espabílate, o no te levantarás jamás, Renko.

—No... puedo decirle...

—Sé que los de tu especie son duros de mollera, Renko, por algo Salev te considera su mano derecha. Pero ni tú ni él conocéis mi manera de pelear. Puedo tener menos piedad que todo el Servicio Secreto ruso... ¿Sabes cuál es mi nombre, hijo de una perra?

—No puedo... hablar...

—Frank Carella... Estrella Cero.

Notó aquel cuerpo ponerse rígido. Sonrió en la oscuridad. Entonces apretó el resorte del cuchillo y un seco chasquido vibró en el silencio que había seguido a sus palabras.

—Peor para ti, Renko.

Apoyó la afilada punta en la nuca del ruso. Apretó poco a poco. El hombre sollozó, pero no gritó. Estaban entrenados en la más dura escuela del mundo.

Frank notó cómo la punta se hundía poco a poco. Entonces, el hombre se dejó caer de bruces huyendo del arma y susurró:

—¡Basta, basta! En el almacén...

—¿Qué almacén?

—Detrás del fotógrafo...

—¿Tienen allí a Annie?

—Yo no sé... Nos llamaron. Debíamos recoger a la niña, dormirla con soporífero y llevarla allí.

—¿Eso es todo?

—Sí...

—¿Quiénes están esperando?

—No lo sé.

—Renko...

—¡Le juro que no lo sé!

—Bien, creo que eso es todo.

—¿Qué piensa hacer conmigo?

—¿Qué harías tú si los papeles fueran al revés?

—¡No!

Por primera vez vibraba el pánico en aquella voz. Impulsado por el terror, Renko se levantó de un salto, despreciando el riesgo, olvidando que el hombre que tenía a sus espaldas era el más letal que había existido nunca enfrentado al espionaje y al crimen. Y echó a correr como un loco.

Hubo un suave silbido en el aire, algo semejante a un roce, casi dulce dentro del augusto silencio de la noche. El cuchillo voló en busca de su propietario. Se oyó un quejido en la calle, un sordo lamento. Después, el silencio reinó de nuevo.

Carella recogió el delicado envoltorio que antes depositara en el suelo, lo arrebujó entre sus brazos y salió a la calle. Sus pies se hundieron en la nieve, junto al corpachón del ruso. Estaba caído de costado y la nieve, alrededor de su cuello, se teñía de rojo oscuro. El cuchillo le había entrado por la base del cráneo y la punta asomaba por delante, sólo que ya no brillaba.

Asegurándose que la niña quedaba bien protegida con la manta, Frank se alejó apresuradamente de allí, acuciado por la urgencia de salvar a Annie. Ahora ya sabía que la tenían presa y que si no se daba prisa jamás volvería a verla viva.

Tenía la esperanza de que respetasen su vida hasta que tuvieran a la niña con ellos. La chiquilla era el argumento con que violentaban la voluntad de aquella desgraciada mujer. Debían pretender algo demasiado grande de ella y se había negado... algo monstruoso quizá, y por eso querían a la criatura en su poder, para doblegar la voluntad de Annie.

Los dientes de Carella chirriaron en la soledad de la calle. Los minutos adquirían una importancia capital.

Pero antes, debía poner a la niña en buenas manos, alguien que la cuidase mientras él resolvía la situación a su manera...

Casi sonrió al imaginar la cara que pondría Johnny Rugolo cuando le encargase la tarea de niñoero...

Apresuró el paso.

CAPÍTULO X

FURIA DESENCADENADA

Empezaron a caer pequeños copos de nieve cuando Carella se detuvo en el callejón de la parte trasera del fotógrafo. Un pequeño bulto que llevaba en la mano golpeó contra un cubo de basura que resonó igual que una campana.

Contuvo la respiración y se acurrucó contra la pared, al otro lado de la calleja, mirando fijamente la puerta del gran almacén. Los copos de nieve parecían agudizar el inmenso silencio que le rodeaba. Se estremeció.

Annie estaba allí dentro. Pensó que al hacer lo que se proponía iba a poner en peligro la misión que se había impuesto, pero no podía permitir que siguieran torturando a una mujer. No debía sacrificar una vida inocente sólo para proseguir algo que, aparentemente, no tenía la importancia que le habían atribuido.

Atravesó la calle rápidamente. Quedó pegado a la pared del almacén, deslizándose hacia la entrada. La nieve estaba blanda y amortiguaba sus pasos en lugar de delatarle.

Se detuvo al lado de la puerta. Manipuló en el bulto que sostenía entre las manos. Una especie de caja de madera se abrió, transformándose en un sólido culatín. La caja dejó de ser tal para convertirse en una pequeña ametralladora «Sten» de tiro rápido. Acopló el abultado cargador, corrió el seguro y dispuso la palanca para disparar a ráfagas. Hecho esto, probó la puerta.

Estaba cerrada, naturalmente. Pero ya había contado con eso, de manera que llamó sin vacilaciones, confiando en que sería por esa puerta por donde esperarían que entrasen los dos matarifes que

fueran en busca de la criatura.

No necesitó aguardar mucho. Alguien recorrió un cerrojo, mientras una voz gruñona mascullaba claramente:

—Ya era hora, maldita sea... Salev está furioso...

De manera que Salev estaba ahí dentro... Carella sonrió en la oscuridad con una mueca de lobo.

Una parte de la puerta de madera giró. Frank saltó hacia adelante, convirtiéndose en puro movimiento. El cañón de la ametralladora se hundió salvajemente en el estómago de quien acababa de franquearle la entrada.

El hombre abrió la boca, pero ningún sonido brotó de ella. La «Sten» describió un arco centelleante hasta estrellarse contra el cráneo del boquiabierto pistolero. Hubo un crujido, un estallido de sangre, y el desgraciado se abatió de espaldas con el cráneo reventado.

Carella penetró en la oscuridad y cerró la puerta. Un helado cosquilleo de excitación le recorrió los miembros, como si sintiera frío, o como si una gélida corriente de aire le hubiera rozado. Era la presencia a su lado de la negra sombra de la muerte. Sabía que avanzaba junto a él, con su colgante sudario negro y su guadaña presta al trabajo. Era la muerte que igual podría segar la vida de los otros como la suya propia...

Anduvo pisando con sumo cuidado. Como en otras ocasiones, cuando la vida depende de un segundo de descuido, Carella se convirtió en puro instinto, en nervios y músculos tensos y entrenados, controlados por una mente fría y de reflejos como relámpagos. Sus manos se cerraban sobre la ametralladora con suavidad, como acariciándola.

Entonces vio la línea de luz al fondo, bajo una puerta. Apresuró el paso y pegó el oído a la madera. Escuchó un rumor de voces, pero no pudo entender lo que hablaban.

De repente, una Voz autoritaria, gutural que apenas dominaba el inglés, ordenó:

—Salgan a buscar a ese... ¿por qué no regresa a la entrada?

—¡Valine!

Frank notó un escalofrío de felicidad. El asesino con inmunidad diplomática, pensó. Casi se echó a reír como un chacal al imaginar que de nada iba a servirle aquella inmunidad.

Unos pasos se acercaron a la puerta. Carella retrocedió un paso. Un hombre salió, desparramando la claridad del interior por el almacén. Dio dos pasos y casi tropezó con el jefe de Los Justicieros. El terrible culatazo le abatió tan efectivamente como una sarta de balazos. Cayó dando tumbos, otra vez dentro de la habitación iluminada, y Carella le siguió de un salto.

Lo que vio quedó grabado en sus retinas para una eternidad.

El agregado militar estaba sentado en una silla, contemplando el cuerpo casi desnudo de Annie, a la que tenían amarrada sobre una larga mesa. El rostro del ruso era una máscara enrojecida de ira y despecho.

De pie, a su lado, Salev expelía el humo de un cigarrillo que colgaba de las comisuras de sus labios. Sus ojos como cuentas estaban fijos en el hermoso cuerpo que se debatía débilmente sobre la mesa.

Detrás de ellos, con la mirada brillante de insano deseo, Carter semejaba una estatua.

Y Stacy, junto a la mesa, sostenía un largo hierro con la punta al rojo vivo. Aquella misma punta que había ya dejado su huella chamuscada sobre la blanca piel de la muchacha.

Todos ellos habían vuelto la cabeza y contempla bar, petrificados, la súbita aparición de Carella. Fueros unos instantes que éste no olvidaría en todos los días de su vida.

Había otro hombre detrás de Stacy, uno de los pistoleros de la pandilla de renegados. Fue el único que reaccionó con cierta precisión. Logró extraer un revólver de alguna parte y lo levantó.

La primera ráfaga de la «Sten» casi lo partió por la mitad.

Entonces se desencadenó el movimiento frenético de todos los reunidos. Trataron de escapar, de cubrirse, de salvar su pellejo aun sabiendo que no podría conseguirlo.

Stacy giró sobre los talones con intención de cubrirse tras el hermoso cuerpo de Annie. La ráfaga le cazó a mitad de camino y le empujó, haciéndole saltar en el aire como un muñeco, reventándole, casi arrancándole la cabeza de los hombros.

Carella movió el cañón de la ametralladora, sordo por el fragor incesante de las ráfagas, con el acre olor de la pólvora hundiéndose en sus pulmones.

Y su dedo estaba rígido sobre el disparador, y el arma se

estremecía y saltaba como un ser vivo, como la guadaña de la negra sombra que le acompañaba desde que entrara en el almacén.

Salev, horrorizado, quedó pegado a la pared. La línea de impactos corrió por el estuco, buscándolo. Luego, siguió por el otro lado de su cuerpo. Sus ojos desorbitados fueron apagándose y de aquella especie de cinturón de puntos que se había formado repentinamente en su cintura brotó la sangre con violencia...

Valine fue el que pudo ir más lejos. Casi logró alcanzar la puerta interior. Allí le alcanzó la mortífera ráfaga de la «Sten», segándolo, zarandeándolo como a un muñeco, haciéndole rebotar contra la pared, arrojándolo al suelo y, allí, produciéndole leves estremecimientos a medida que los plomos blindados se hundían uno tras otro en su cuerpo que debiera haber protegido la inmunidad diplomática.

Después, todo quedó en silencio. Sólo el retumbar del eco dentro del cerebro de Carella, mientras el humo de las ráfagas se elevaba en graciosas espirales hacia el techo, y el acre olor de la cordita le producía escozor en la garganta y le hacía saltar lágrimas de los irritados ojos.

—Frank...

Corrió hacia la mesa. Frenéticamente, libró a la muchacha de las cuerdas que la sujetaban. No podía hablar, ningún sonido era capaz de brotar de sus labios en aquel instante.

Ella empezó a sollozar.

—¡Frank...!

La miró. Los ojos desorbitados de ella estaban fijos en un punto, detrás de él. Sus reflejos entraron en acción con tanta precisión como la maquinaria de un reloj. Sujetó firmemente la ametralladora, dio un salto de costado apartándose de la mesa y entonces las balas le buscaron.

Vio al afeminado fotógrafo enmarcado en la puerta, disparando con una gran automática. Pero, realmente, su oficio no era el de pistolero precisamente. Sus proyectiles se perdieron por encima de Carella... mientras la ráfaga del ametrallador rugía de nuevo con la voz de mil furias infernales en un coro de muerte.

Fue brutalmente empujado por los plomos y desapareció al otro lado del portal.

—Los demás escapan —monologó Carella, quitándose el

abrigo.

Envolvió con él a la desnuda muchacha, arropándola como a una niña. Entonces la levantó y echó a correr hacia la salida, con el ametrallador colgando de su mano.

En un ahogado murmullo, ella susurró:

—¡La niña, Frank... han ido a buscarla...!

—Está en lugar seguro, no tienes nada que temer.

La calleja estaba convirtiéndose en un lugar demasiado concurrido para su gusto. Carella vio maniobrar a un auto-patrulla, mientras varios agentes tomaban posiciones acercándose al almacén. Soltó un juramento y retrocedió corriendo.

—Saldremos por la tienda —dijo entre dientes—. Supongo que esos hijos de perra habrán huido al escuchar la batalla...

Efectivamente, los dominios del fotógrafo estaban desiertos, de manera que pudieron ganar la calle y alejarse antes de que a la policía se le ocurriera investigar por aquel lado.

—¿Qué pretendían de ti esta vez, Annie? —preguntó él, sin dejar de caminar apresuradamente.

Ella, abrazada a su cuello, susurró:

—Sospechaban de ti, Frank...

—¿Y qué?

—Stacy te siguió. Vio que ibas a verme, que permanecías mucho tiempo conmigo... Querían que les dijera dónde vivías, quién eras en realidad y qué me habías dicho la otra noche... para matarte cuando estuvieran seguros de lo que buscaban.

Carella notó una indescifrable sensación de ternura.

—¿Y te torturaban para hacerte decir todo esto?

—Sí... tenían miedo de atacarte sin estar seguros de que eras un impostor. Sabían lo que les esperaba si era cierta tu identidad de agente directo de Moscú...

—Pero..., ¿por qué no has hablado? Iban a destrozarte y...

—No he podido, Frank..., no después de haberte besado, de que me devolviste la fe en mí misma y me libraste del terror...

—Pequeña...

—Perdí a mi esposo luchando contra esa nefasta ideología, ¿comprendes? No podía sacrificar a ti también...

—Magnífica chica... Ya ha pasado, ¿entiendes? Ahora no deberás temer jamás que vuelvan a molestarte. Eres otra vez una

mujer libre, y tu hija está fuera de todo peligro, ¿entiendes? Ya pasó todo...

—Pero, Frank, yo... Entregué documentos secretos, planos de...

—Olvidalo. Salvaste la vida de tu hijita.

—¿Lo olvidarás tú también, Frank?

Casi se detuvo, estupefacto. Luego comprendió. Reanudó la marcha por las desiertas calles.

—¿A dónde me llevas?

—Tengo una habitación en un hotelucho, aquí cerca. Te quedarás hasta mañana, en que podrás reunirte con tu hija.

—¿Por qué no esta misma noche? Ella puede necesitarme.

—No le falta nada. Y el lugar en que está en estos momentos es... bueno, una especie de secreto, ¿entiendes?

—No, pero te creo.

—Así está bien.

Ya no volvieron a hablar hasta encontrarse en la relativamente confortable seguridad del cuarto de hotel. Carella depositó a la muchacha sobre el lecho y la contempló, todavía con la ametralladora plegada en la mano.

—Ahora podrás descansar —susurró.

—Dime. ¿Eres policía?

—Algo semejante —sonrió.

—Y no piensas detenerme...

El sacudió la cabeza de un lado a otro. Para huir de la ardiente mirada de la mujer se ocupó en guardar la ametralladora en la maleta.

Cuando se volvió, casi tropezó con la muchacha. Se había arrebujado bien en el abrigo y estaba junto a él.

—Bésame, Frank... bésame.

—Escúchame, Annie, las cosas no son como tu crees. Yo...

—Bésame...

La amarga expresión del rostro del hombre, la dureza de acero de sus ojos... todo pareció dulcificarse por unos instantes. Inclino la cabeza y sus labios encontraron los de la muchacha y los sintió estallar bajo los suyos como una llamarada viva.

Annie levantó los brazos, cerrándolos sobre su cuello. Cerró los ojos, abandonándose al duro abrazo del hombre.

Para ambos, el tiempo se detuvo. Por aquella noche fue como si

no hubiera pasado el tiempo y pudieran todavía vivir con la intensidad de otros años, cuando todavía existía la felicidad en sus vidas.

Fuera, al otro lado de la ventana, los pequeños copos de nieve se habían convertido en una espesa cortina blanca que caía silenciosa y dulcemente, velando al mundo el drama que encerraban aquellas dos vidas, cada una de ellas cercenada en otro tiempo, años atrás...

CAPÍTULO XI

LA INFAMIA

Dé nuevo solo, Carella aplastó la punta del cigarrillo y miró a la calle cubierta de nieve. Un sol pálido rompía al fin la barrera de nubes. Algunos peatones se deslizaban por las aceras haciendo equilibrios para no resbalar sobre la nieve helada.

Retrocediendo, descolgó el teléfono y comunicó con su cuartel general. La voz de Peter Brett respondió a la llamada.

—Me alegra saber que todavía estás vivo, muchacho —gruñó—. ¿Qué sucedió anoche?

—Hubo un poco de alboroto.

—En toda la ciudad no se habla de otra cosa. Supongo que fuiste tú quien arrasó a toda la plana mayor del espionaje soviético...

—¿Por qué supones eso?

—Demonios, Frank; Salev era tu obsesión. Corren muchos rumores sobre esa liquidación. Un incidente diplomático en puertas a causa de un agregado militar y todas esas cosas. Pero el «Viejo» jura que te arrancará la piel si no informas inmediatamente.

—No tengo nada que informar todavía. ¿Cómo está la chiquilla? Sonó una especie de bufido al otro lado.

—¡Es insoportable, Frank! Johnny piensa desertar si no nos libras de ese terremoto.

—Está bien, puedes llevarla con su madre. Estará esperándola cuando llegues a su casa. Anota la dirección.

Tras dictarle las señas de Annie, preguntó:

—¿Qué hay del coche de Raikes?

—Otra pista que se esfumó, muchacho. Lo encontramos, pero no

había nada en él.

—¿Estás seguro?

—Vaya pregunta. Despanzurramos hasta los neumáticos, les sacamos el relleno a los asientos... Prácticamente, desmontamos el coche pieza por pieza.

—¿Dónde estaba?

—En el garaje de una casa vieja en venta. Lo descubrimos porque Raikes fue visto por los alrededores, aunque al investigar la policía ese dato se confundió al encontrar que en ese barrio vivía la amante de él, una cualquiera, ¿entiendes? No aportó dato alguno a la hora de identificarlo. Únicamente sabía su nombre, pero nada más.

—Volviendo al coche..., ¿había objetos personales en él?

—Bueno, una linterna eléctrica, unos guantes y un paquete de tabaco arrugado. Pero en ninguna de estas cosas encontramos nada de interés.

—¿Las llaves?

—Puestas en el tablier. ¿Las quieres?

—Seguro...

—¿Es que tienes olfato de perro Frank?

—¿Por qué?

—Esas llaves... Hay dos que no pertenecen al coche. Lo comprobamos.

El corazón de Carella dio un salto.

—Sigue —apremió.

—No hay mucho todavía. Una es el clásico tipo «Yale» que se emplea en las cerraduras de las puertas de apartamento, pero no corresponde el cuarto que tenía alquilado Raikes. La otra es más pequeña y lleva un número grabado...

—¡Por todos los demonios, Peter! ¿Por qué no has empezado por ahí? Puede corresponder a una caja de alquiler, en un Banco...

—No.

—¿Qué?

—Está comprobado también. No pertenece a ningún Banco. Lin se ocupa esta mañana de verificar las llaves de los apartados postales...

—Ahí es donde puede surgir lo que andamos buscando. ¿Crees que tarde mucho en regresar?

—Ya no... ¿Vas a venir?

—Y tan rápidamente como pueda. Ocupate de devolver la niña a su madre. La pobre pasó por un infierno anoche...

Colgó y abandonó el hotelucho como si le persiguieran todos los diablos del averno.

Algo, en su instinto de sabueso, le decía que al fin iban tener algo sólido con lo cual trabajar. Era indudable que, después que Raikes fuera asesinado, un desconocido se había interesado por su coche, fingiendo que estaba todavía sin acabar de pagar. Eso demostraba que lo importante estaba en el coche... y sólo podía ser aquella llave, ya que no dudaba de que sus hombres hubieran realizado un trabajo exhaustivo en el auto.

Tal vez, a fin de cuentas, la suerte iba a sonreírle al fin...

Encontró a Johnny Rugolo y hubo de soportar sus reproches por haberle obligado a desempeñar el papel de niñera. Luego, ambos se echaron a reír y Rugolo gruñó:

—De todas formas, esa chiquilla es un encanto. Me hubiera gustado conocer a la madre.

—No dudo que te hubiese gustado...

La llegada de Lin Burke les interrumpió. Carella se quedó mirando fijamente al recién llegado. Dijo con voz sorda:

—¿Y bien, Lin?

—Ya está, muchachos. La llave pertenece a un apartado de Correos. La cosa más sencilla del mundo, pero siempre eficaz. Fue alquilado a nombre de Jim Mortimer.

—Un nombre falso sin duda. ¿Lo has abierto?

—No. He preferido informarte primero. No sabía qué pensabas hacer con eso. Pero contiene un grueso sobre.

Carella sonrió.

—¿Cómo lo sabes si no lo has abierto?

—Bueno... el empleado es un tanto charlatán. Le he contado toda una historia.

—Ya veo... ¿La llave?

Lin puso en su mano una llavecita niquelada. Había un número precedido de una letra grabado en ella. Carella la hizo saltar en su mano y miró a sus hombres con el ceño fruncido.

—Creo que podemos cantar victoria... apostaré la cabeza a que ese apartado encierra la respuesta a todas las preguntas que nos

preocupan.

—¿Vas a ir a Correos tú solo?

—Seguro.

—Pero...

—Alguien debe quedarse aquí por si llama el secretario de Justicia. Decidle que estoy sobre una buena pista. Nuestro candidato, Bannon, puede respirar tranquilo.

—Estás muy seguro de eso, Frank.

—No quiso dar más explicaciones y salió, con las manos hundidas en los bolsillos y jugueteando con la llave dentro de ellos.

No encontró dificultad alguna para abrir la taquilla metálica. Dentro, tal como dijera Lin, había un sobre de buen tamaño dirigido a aquel apartado y a nombre de Jim Mortimer. Carella se apoderó de él, cerró la portezuela y abandonó el edificio acuciado por las prisas.

No quiso aguardar a llegar al apartamento donde esperaban los demás. Entró en un bar, pidió un *whisky* y fue a sentarse en un rincón.

Ni siquiera se acordó de probar el licor. Abrió el sobre, sacó los folios escritos a mano y empezó a leer.

Realmente, no volvió a acordarse del licor. Su rostro adquirió la palidez de la muerte y en sus ojos pareció extenderse una niebla gris. Sus mandíbulas se encajaron como un cepo, chirriando los dientes en tanto que el más salvaje furor hacía presa en sus sentidos.

No podía creerlo. Su mente se negaba a admitir lo que tenía ante los ojos, más en lo más profundo de su razón sabía que era cierto, que en su mano tenía la prueba de la más gigantesca infamia jamás tramada contra su patria, del más abyecto de los crímenes planeados por las mentes que regían el terror internacional...

Releyó el escrito una y otra vez, quizá deseando que los renglones escritos se borraran y el papel fuera solamente un papel en blanco y todo se convirtiese en un sueño, una pesadilla que huiría al despertar...

Pero no era un sueño. Tenía la realidad en su mano.

Al fin, con una tempestad de ira rugiendo en su alma, Carella plegó los documentos, los introdujo en el sobre y se levantó. Entonces pareció descubrir el *whisky* por primera vez. Lo engulló de

un trago.

Se dirigió al lavabo, cerró la puerta por dentro y aplicó una cerilla al sobre, que enseguida empezó a arder. Lo sostuvo entre los dedos hasta que fue imposible resistir el calor y entonces lo soltó. Esperó a que se consumiera totalmente para recoger las cenizas, desmenuzarlas y arrojarlas por el desagüe del lavabo, donde dejó correr el agua hasta que no quedó el menor rastro ni del sobre ni de su contenido.

Tras esto, salió a la calle con la cabeza inclinada, pensativo, con su amarga expresión más acentuada que nunca.

No fue a reunirse con sus compañeros. Prefería estar solo. Anduvo incansablemente horas y horas, solo, sintiendo el furor crecerle dentro del pecho, arrollando todo otro sentimiento y convirtiéndole en un manojo de nervios tirantes y prontos a estallar.

Entró en un bar cuando anoecía. Bebió café negro, fumó y consultó su reloj varias veces.

Finalmente, cuando la noche había cerrado, volvió a la calle. Su paso había cambiado. Ya no era el andar de alguien vencido, abatido por una infamia inmensa que había estado a punto de caer sobre su país. Andaba rápidamente, seguro, con pasos firmes, mientras el tumulto de su mente semejava calmarse como siempre que se disponía a entrar en acción.

La acción más amarga de su vida.

El hombre que deseaba ver vivía en un lujoso apartamento de la Quinta Avenida. Carella subió directamente y pulsó el botón del timbre.

Comenzaba a impacientarse cuando se abrió la puerta y apareció el noble rostro del político que arrastraba a las masas tras su candidatura.

—Mi nombre es Frank Carella —dijo—. ¿Puedo pasar?

Notó el súbito parpadeo nervioso de Drake Bannon.

—Naturalmente, entre usted —y cuando se hubo cerrado la puerta, el aspirante a senador murmuró—. Tenía grandes deseos de conocerle... mi amigo, el secretario de Justicia, me habló de ciertos agentes especiales... Los Justicieros, según dijo. Usted los capitanea...

—Efectivamente.

—Bueno, venga por aquí... tomará una copa y podrá contarme

lo que le ha traído a verme. ¿Ha descubierto realmente algo que afecta a mi campaña electoral?

—En efecto; por eso estoy aquí.

—Me inquieta usted... ¿Carella ha dicho que es su nombre?

Asintió con un gesto. Entraron en un lujoso salón confortable y caldeado por la calefacción. Bannon le señaló una butaca y él se dejó caer pesadamente en otra, frente al hombre de rostro amargado y ojos de acero.

—¿*Whisky*? —indagó el político.

—No, gracias...

Hubo un corto silencio. Luego, Bannon empezó a impacientarse.

—¿Y bien...?

Carella asintió con un gesto.

—Hubo un asesinato... el de alguien llamado Raikes, Sam Raikes. Fue muerto con un arma de pequeño calibre. Ese hombre trabajaba para el espionaje soviético. Era uno de los hombres de acción de un grupo organizado aparentemente para seleccionar artículos científicos de revistas especializadas... al mismo tiempo que se apoderaban de secretos industriales, relacionados con la energía atómica...

—No comprendo a dónde quiere usted llegar. ¿Cree realmente que eso me afecta a mí?

—Estoy seguro, señor.

—Bien, si es así...

—Pero la misión de ese grupo, o célula como lo llaman ellos, era muy distinta, señor Bannon. En principio, la idea era sencilla; debían concentrar sus esfuerzos en promover secretamente una campaña contra usted. Su misión consistía también en desacreditarle, difamándole si era necesario...

—¡Los muy bastardos!

—Lo eran... Lo curioso, señor Bannon, es que debían hacer todo esto cuidándose de que el público supiera sin lugar a dudas que quienes promovían la campaña de difamación eran precisamente ellos, los miembros del partido comunista, ¿entiende?

Bannon se echó atrás, pálido y estupefacto.

—Eso no tiene sentido —exclamó—. ¿Por qué tenían interés en delatarse de semejante manera?

Carella sonrió sin alegría.

—Parece un acertijo, ¿verdad? —dijo entre dientes—. Un acertijo que le costó la vida a Raikes. El era un traidor, pero según sus propias palabras no tenía suficiente valor para permitir que el complot siguiera adelante. El vendía su país a cambio de dinero, en pequeñas porciones..., pero no era lo bastante hijo de perra como para venderlo todo de un solo golpe... y sin cobrar nada por ello.

—Sigo sin comprender...

—Raikes escribió toda la historia, señor Bannon. Yo la he leído esta tarde.

—¿Y...?

—En ella cuenta cómo usted, cuando cayó prisionero en Corea, fue seleccionado por los comunistas para un entrenamiento especial...

—¿Qué demonios...?

—¡No me interrumpa! Usted aceptó el juego porque la partida entrañaba una fortuna inmensa para usted, el poder más colosal en sus manos... sin importarle nada su patria. Muy bien, todo se desarrolló a pedir de boca. Usted fue convertido en un héroe nacional. Con los años, moldeó su carrera política, financiado generosamente por quien usted ya sabe. Fingió ser un ardiente patriota, un anticomunista furibundo... Realmente, los partidos comunistas de Europa se lanzaron contra usted, que era lo que se pretendía para afianzarlo ante los ojos del público americano... y aquí, en nuestro país, se formaron unas células especiales para redondear esa campaña.

—Usted debe haberse vuelto loco, amigo mío. Lo que dice es lo más descabellado que he oído jamás.

—Seguiré escuchándome de todos modos, señor Bannon... Volviendo a esas células, cuando más hacían contra usted, cuidándose de que el público supiera que quien le combatía era el partido comunista, más conseguían que ese público ingenuo le votara, se volcase en su regazo lleno de fe en el hombre que prometía barrer la traición de su Patria... cuando él es esa traición personificada.

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo, estúpido?

Carella asintió con un gesto, casi con tristeza.

—Incluso yo creí en usted —dijo—, como creen todavía millones de americanos. Todo gracias a sus discursos y a la campaña del

partido comunista contra usted. Lo que ellos encuentran nefasto, el público ingenuo considera que forzosamente es bueno. Y usted estaba destinado a la más grande empresa de todos los tiempos... cuestión de tres o cuatro años más...

—¿De veras?

Carella pasó por alto el sarcasmo de aquella voz.

—Sin la menor duda; sería el primer presidente norteamericano comunista. Ésa era la idea genial... Empujarle hacia la presidencia. Una vez logrado eso el mundo se les entregaría en bandeja de plata porque ya no tendría el apoyo del presidente de la nación más poderosa de la Tierra.

—¿Ha terminado usted?

—Casi.

—¿Toda esta sarta de insensateces las escribió realmente Raikes?

—Y con todo detalle.

—Y usted ha creído que...

—Lo he creído.

Bannon suspiró.

—Es una lástima... lamentable. ¿Dónde está esa carta de Raikes? Deberá aportarla como prueba si piensa acusarme públicamente...

Carella sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Yo no voy a acusarle a usted, Bannon. Sería demasiado terrible para la gente ver que el ídolo que adoran es un sucio hijo de perra, más infame que los más bajos criminales del hampa.

—¿Y...?

—Voy a matarle, simplemente.

Bannon pegó un respingo.

—¿Qué demonios...?

—Usted coronará su obra diabólica con todo éxito, Bannon... Convencerá al público de todo el mundo que era realmente el más peligroso enemigo del comunismo... Le harán unos funerales regios, su recuerdo enternecerá el corazón de las mujeres de nuestro país, los hombres hablarán del gran Drake Bannon y odiarán todavía más a los comunistas amigos de la violencia. ¿Qué tal suena eso?

—Sin sentido alguno...

—Pero lo tiene. Todos los periódicos publicarán que usted ha sido asesinado por los comunistas, temerosos de que usted, con su patriotismo, los destrozase sin remedio. Y ahora, ríase si puede.

No se rió, naturalmente. Sus ojos desorbitados miraban al jefe de Los Justicieros como si tuviera ante sí un monstruo de otro planeta.

—¡Pero usted no puede hacer eso! —exclamó de pronto—. Le acusaré de difamación, amenazas y...

Se interrumpió cuando logró su propósito, que no era otro que distraer a Carella el tiempo suficiente de empuñar una automática del «22». Entonces dijo, casi jovial:

—Usted tiene un defecto, amigo mío; habla demasiado...

—¿Es ésta la pistola con que mató usted a Raikes, cuando él le amenazó con descubrir todo el complot?

—Justamente. Y con ella le mataré a usted.

Carella suspiró.

—Es lo único que esperaba —dijo—. Estar total y absolutamente seguro que el relato de Raikes era cierto en todos sus puntos. Ahora lo sé.

—De nada va a servirle una vez muerto.

—Pero yo no voy a morir, Bannon...

Su voz quedó ahogada por el profundo ladrido de la «Magnum», disparada desde el interior del bolsillo del abrigo. El tremendo estampido rebotó entre aquellas paredes a prueba de ruidos.

Drake Bannon se estremeció, arrojado contra el respaldo de la butaca. Sus manos se engarfiaron sobre la herida. Inmediatamente se tiñeron de rojo mientras sus ojos adquirían una fijeza de muerte.

—Usted... usted... —balbuceó.

Carella se había levantado. Inclinandose, recogió la pequeña automática, que guardó en su bolsillo.

—Que el diablo le lleve, Bannon —masculló—. Ha estado a punto de hundir a mi país en el caos... que el diablo le lleve.

Giró sobre los talones y abandonó el apartamento. Quince minutos más tarde, la pequeña automática se hundía en el río para siempre. Después, en su cuartel general, debería cambiar el cañón y el percutor de la «Magnum» para que jamás pudiera ser identificada como el arma que había acabado con el «preclaro» político.

Supo que tendría que arrastrar las iras del secretario de Justicia, porque éste consideraría la muerte de Bannon como un fracaso de Los Justicieros. Pero nadie sabría jamás el peso con que Carella había cargado sus hombros al no querer compartir su secreto con persona viviente alguna.

Mientras andaba en la noche, solo y amargado, sintió la tentación de reunirse con Annie. Ella sabría borrarle el amargo sabor de boca que sentía, la tristeza que embargaba su solitario destino...

Luego, entró en una cabina telefónica y efectuó un par de llamadas telefónicas anónimas a los periódicos. La maquinaria ya estaba en marcha.

Para Carella, era el mayor triunfo de su vida porque había salvado a su país.

Para los que estaban enterados de su misión, sería tal vez el fracaso más resonante de su carrera...

Se encogió de hombros y reanudó su cansado andar hacia su cuartel general. Allí tenía los únicos lazos que le unían a una vida que, no hacía mucho tiempo, él hubiera querido ver truncada de una vez por todas.

Sobre la nieve, sus pasos se perdieron como los de una oscura sombra. Sólo quedaron las profundas huellas que, a no tardar, también se borrarían como si un hombre jamás hubiese pasado por la calle oscura, solitaria y tétrica.

Un hombre solo.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*

Notas

[1] K. G. B. Komited Gosudarstvennoye Rezopastnosti. Comité de Seguridad del Estado. Policía secreta soviética. < <

[2] M.V.D. Ministersvo Vnutrennykh Del. Ministerio del Interior. En realidad, policía secreta del Estado dedicada al control del espionaje. < <